

Ilustración Artística

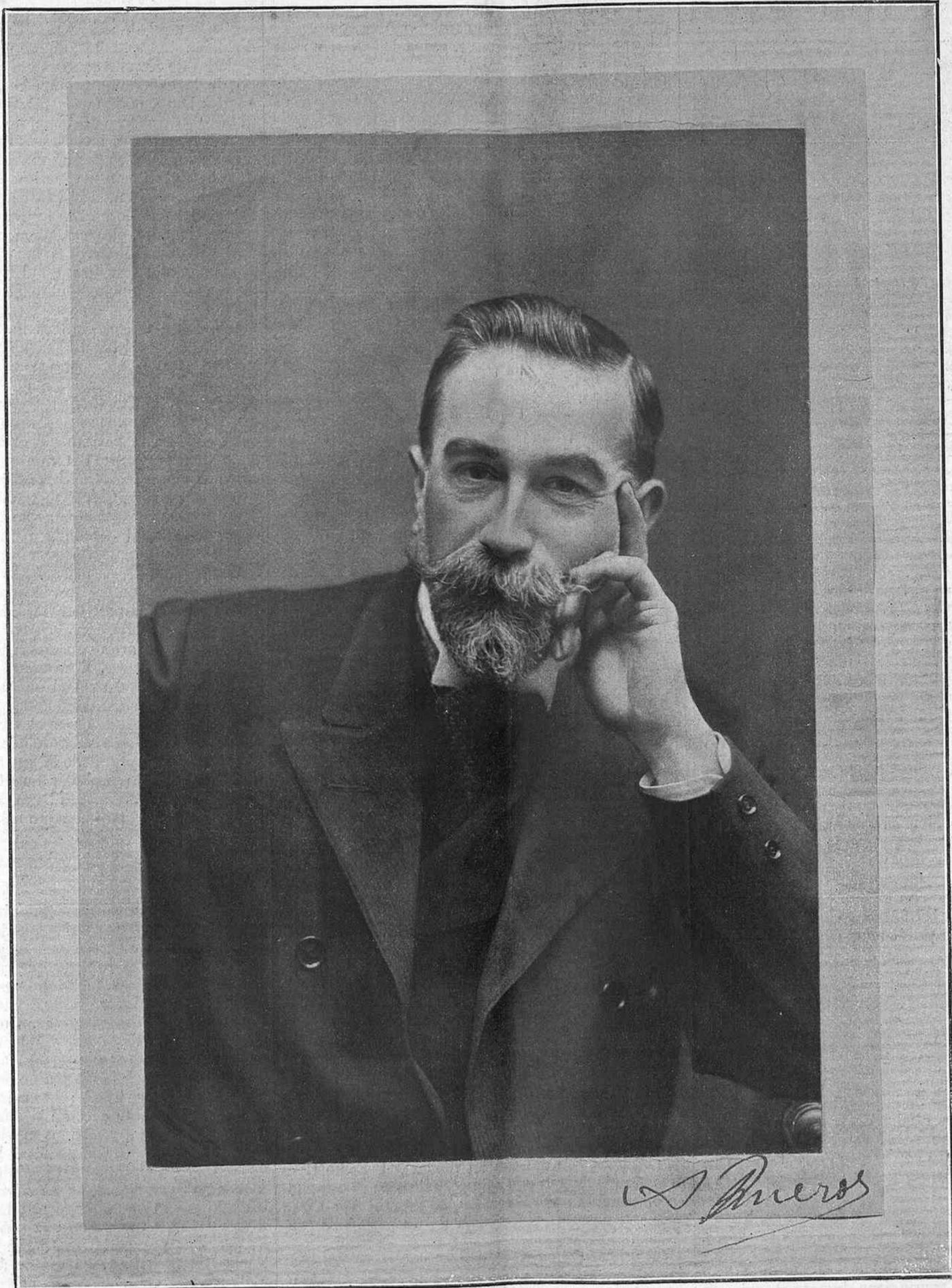


Artística

AÑO XXV

BARCELONA 27 DE AGOSTO DE 1906

NÚM. 1.287



EL EMINENTE ESCULTOR AGUSTÍN QUEROL,
premiado con la Medalla de Honor en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1906

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie del presente año, que será el precioso libro

Cuentos de una reina

escritos por Carmen Sylva, reina de Rumania, cuya fama literaria es universal.

La traducción española, debida al conocido y reputado escritor D. Pelayo Vizueté, ha sido hecha de la última edición alemana.

Nuestra edición de tan interesante obra, especialmente autorizada por la egregia autora, va ilustrada con un retrato de Carmen Sylva y con numerosos grabados intercalados en el texto, de los artistas alemanes Elias, Fidus y Kado.



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Agustín Querol*, por A. García Llansó. — *Entrevista del rey Eduardo VII de Inglaterra con el emperador Guillermo II de Alemania*. — *El rey de España en el campamento de Bulford*. — *La escuela normal militar de Joinville*. — *El naufragio del vapor «Sirio»*. — *Problema de ajedrez*. — *La fuerza del pasado*, novela original de Daniel Lesueur, con ilustraciones de Marchetti. — *Varias aplicaciones del automóvil*. — *Música eléctrica*, por Manón Melius.

Grabados.—*El escultor Agustín Querol*. — *Panteón de don Antonio Cánovas del Castillo*, recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del escultor Agustín Querol. — *Fragmento y bajo relieve de dicho panteón*. — *La Patria y La Historia*, estatuas alegóricas del mencionado panteón. — *Visita del rey de Inglaterra al emperador de Alemania*. — *Llegada de Eduardo VII á Kronberg, en donde le recibió Guillermo II*. — *Los reyes de España en Inglaterra*. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII revistando en el campamento de Bulford el 16.º regimiento de lanceros, del cual es coronel honorario*. — *Escuela normal militar de gimnasia y esgrima de Joinville*. — *Ejercicio de la cuerda*. — *Ejercicio de flexibilidad*. — *Escaló de un muro*. — *Posición en que quedó el «Sirio» después del naufragio*. — *Vicente Buhigues*, patrón del pailebot «Joven Miguel», y *Agustín Antolino*, patrón del laúd «Vicente Lacambra». — *Grupo de los primeros naufragos del «Sirio» que llegaron á Cartagena*. — *Automóvil arrastrando una bomba de incendios*. — *Automóvil retrocediendo por planos inclinados para quedar enganchado á la bomba de incendios*. — *Teclado del instrumento que produce música por medio de la electricidad*. — *Cuento interesante*, cuadro de H. F. Bacon.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé si será cierto que atravesamos una época angustiosa, que en algunas comarcas españolas la gente se muere de hambre, y que la situación económica de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas antes es apurada que desahogada. Me inclino á creerlo, y sin embargo, veo con cuánto rumbo y gallardía se gasta el dinero en las fiestas en que arde España y de las cuales tengo presente una brillante muestra en las de la Coruña.

¿Verdad que no se lee otra cosa en los periódicos? No hay ciudad, villa ni lugar que no quiera la alternativa en este capítulo de festejos. Y es curioso observar cómo al tratarse de la preparación y arreglo de unas fiestas, la pereza clásica de la raza desaparece, y se desarrolla una actividad vertiginosa, sólo comparable á la esplendidez con el mismo fin desplegada.

Vierais en tales días correr de un lado para otro á los obreros y obreras, agitados, anhelantes, serios como el que tiene un alta misión que cumplir. Vierais á las personas más graves salirse de sus casillas, y como una botella de espumoso líquido, hacer saltar el tapón, ese cierre de formalidad algo tediosa en que se enclaustra la vida provinciana durante el invierno. Vierais á todo el mundo pendiente del goce anunciado, del espectáculo que se aguarda, de la emoción placentera prevista y seguramente acrecentada por la

fantasía. Vierais, claramente—si tenais el candor de dudarlo—cómo la orientación de la vida moderna es hacia el placer, y cómo este afán de goces no es privativo de las clases pudientes y acomodadas, sino que se extiende á las más humildes, desde el sirviente que abandona una buena casa para encontrarse libre mientras duren «las fiestas», hasta el golfillo de cara escuálida y harapienta vestidura, que os pide con inmenso afán, no comida ni ropa, sino una «contraseña», la entrada que no os sirve, el derecho á rebañar una sobra de diversión ó una migaja de espectáculo. ¡Con qué ímpetu se arroja ese desharrapado sobre las serpentinatas, las flores marchitas, los pedazos de oropel, todo lo que tira y desprecia en el polvo del arroyo el placer de los ricos! ¡Cómo se disputan los residuos del goce ajeno! A puñadas, á coces, á empellones, bajo la férula de los guardias, que unas veces les dejan campar por sus respetos y otras les hartan de puntapiés, esos míseros chicuelos van á la rebatiña de un jirón de papel color rosa ó azul... Del cieno recogen su manchada y arrugada ilusión, y yo les he visto guardarla en el pecho, gritar de júbilo al adueñarse de ella... Por un momento se creen á la altura de los que lanzaron la serpentina entera; y esto les satisface más que si se considerasen á la altura de los que almuerzan y comen, todos los días, un alimento sano.

Un fenómeno también singular es el que, mientras los festejos duran (y estos de mi pueblo natal se prolongan veinte días, casi un mes), no se registran esos crímenes de brutalidad y borrachera, que convierten las afueras de una población culta y hermosa en los aledaños de un aduar africano. Y dentro de la población, á pesar de la enorme afluencia de gentío, tampoco ha ocurrido el menor desorden, el más ligero disgusto; por lo cual yo me doy á pensar que esto de las fiestas y diversiones debe de ejercer un efecto sedante, dulcificador del carácter y resolutivo de la bilis; en suma, altamente benéfico.

Otra observación realizo, y es igualmente consoladora y grata. Los festejos van hacia la cultura: ya se hace algo más que correr toros. Hasta diría yo que van hacia la cultura principalmente, si tomamos como nota de cultura el desarrollo de ciertos sports, que pueden contribuir á robustecer y mejorar la raza. Aquí hemos tenido, en esta temporada, regatas, ejercicios gimnásticos, concursos hípicas, concursos de baile y canto, cucañas (*sport* popular y muy divertido), en fin, una contribución copiosa á la idea de que el cuerpo humano es el santuario del alma, y conviene edificarlo con toda la solidez y vigor de las fábricas bien sustentadas y de firmes cimientos.

Volvemos, pues, insensiblemente hacia el pugilato y los juegos olímpicos. Cuando salen á plaza los que llamó Teófilo Gautier «ventrudos burgueses» y se muestran deseosos de demostrar que en vez de vientre tienen músculos; cuando levantan una pesa de á doscientas libras, empujan la pelota enorme con hombros y puños, vuelan por los aires ayudados de la pértiga, ó jalan de la maroma estribando fuertemente en el suelo á fin de no ser arrastrados y arrastrar ellos á sus contendientes, se me figura que la burguesía compensa algo, con estos ardorosos y saludables ejercicios atléticos, la tumefacción y el recargo de la vida sedentaria, en escritorios y casinos—vida degeneradora si las hay.—Confieso mi gran simpatía por esta clase de ocupaciones, que crean la fuerza física.

El abuso que hoy se hace del revólver y de la navaja, ha restado importancia á la fuerza... Ya hasta los aldeanos del Noroeste, que solían resolverlo todo con los puños, lo resuelven ahora á tiros y á viajes de faca andaluza. Así es que los *boxeadores* ingleses me parecen unos cumplidos caballeros, con sus enormes guantes de piel y sus *jerseys* adheridos al nada recio torso...

¿A cuáles *boxeadores* me refiero? A dos que acabo de ver combatir en la plaza de la Coruña, y que, según noticias, son auténticos; vienen del mismo Londres, donde figuran con números altos en el campeonato, y cobran sendos miles de pesetas por darse unos cuantos sopapos encima de un tablado, á presencia del concurso.

Mi primer sorpresa fué que estos *boxeadores* sean delgaditos, no muy altos y tan poco hercúleos. Mi segunda sorpresa, que después del combate se quedasen frescos y tranquilos, sin un ojo *au beurre noir* ni una costilla en puré... Dijérase que las guantadas que se aplicaron eran de la misma índole que las de

los *clowns* en la pista. Hay quien cree que durante la travesía y el viaje de la capital de Albión á esta tierra de Finisterre, que linda con Inglaterra «mar en medio», los dos artistas de la morrada celebraron un pacto misterioso, basado en que no nos merecemos los de por acá ni equimosis ni larga efusión de sangre. Y á la verdad, ningún interés teníamos—yo por menos—en que se hiciesen pupa los dos hijos de la Gran Bretaña. Todos dicen que el boxeo es brutal, por lo cruento y feroz de los golpes dados y recibidos. Un boxeo incruento, suave y lleno de consideraciones y delicadezas amistosas, es preferible.

Todo el mundo, conocidos y desconocidos, lamenta la muerte tan temprana é inesperada del joven aeronauta Jesús Fernández Duro. Se le siente como si fuese un amigo, aunque no lo haya sido, y como si al irse de entre los vivientes á la hermosa edad de veintiocho años, defraudase esperanzas y malograra proyectos, no suyos, sino de cuantos fueron sus contemporáneos.

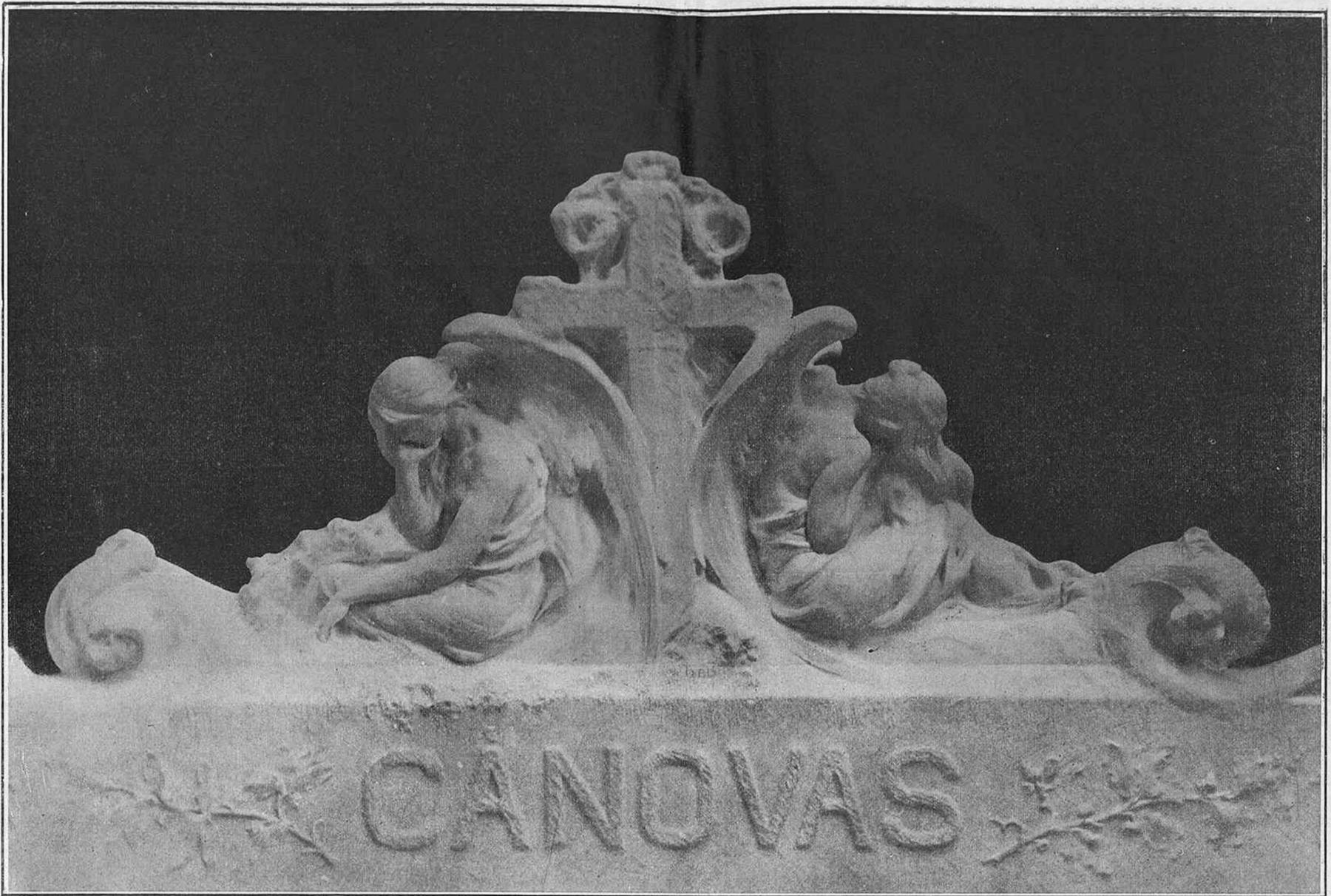
¿Sería aquí donde se resolviese la cuestión de la dirección de los globos; donde un aeroplano en condiciones de *réussite* contribuyese á ensanchar el campo de la experimentación científica? Viviendo Fernández Duro, podíamos esperarlo... Aquí, lo bueno y lo malo se espera ó se teme, no de la colectividad, sino del individuo. Las escasas iniciativas de la masa están compensadas por las energías individuales, poderosas en la Península ibérica. Todo el movimiento de aerostación en España fué obra de Fernández Duro: el *Real Aero-Club* le debe la existencia: con su fallecimiento, el *sport* aéreo recibe un golpe del cual tal vez no se rehaga en muchos años. Cuando en España cunde una idea, estad seguros de que tiene detrás, no una muchedumbre, sino un individuo. Debíamos ser, los españoles, la raza más admiradora, más fanática de los grandes hombres que existiese en toda Europa; y esto no significa que yo otorgue á Fernández Duro el dictado de grande hombre, como no convendría otorgárselo á aquellos conquistadores del Perú y de Chile, fuertes ejemplares de la raza hispánica, sin embargo, individuos-tiños, en toda la extensión de la palabra. Y el arriesgado surcador del aire, el navegante del infinito, ha muerto, no precipitado como Icaro al derretirse sus alas de cera, gasa ó tafetán sutil, sino postrado por una infección de la tierra, que acaso movido por presentimiento obscuro tenía tal deseo de abandonar, buscando la pureza de las alturas... Muere Fernández Duro de tifoides...

Aún parece que fué ayer mismo cuando intervino en la fiesta del parque del Gasómetro, en Madrid, almirante de aquella escuadrilla de globitos primorosos, que se elevaron con gracia y alegría festejando la boda de los reyes. Y no estará ni mediado el *wedding cake*, el pastel nupcial que se conserva años en los hogares ingleses, dando á su conservación cierta importancia misteriosa y simbólica, cuando duerme bajo tierra el joven y valeroso aeronauta. Triste, infundido pensamiento el de la muerte en la juventud, mejor es alejarlo, ó pensar que la infección puede haber salvado á Fernández Duro de un fin más cruel, de una caída trágica—siempre bella.

Hablaría del naufragio del *Sirio*..., pero estas grandes calamidades materiales pierden la actualidad á los pocos días de acaecidas; y en el presente año de 1906 han menudeado tanto, que casi no impresionan. El espectáculo de la lucha feroz por la vida y de las grandes abnegaciones que la desdennan, es lo más interesante del siniestro. Hará un mes ó mes y medio publiqué en *El Imparcial* un cuento titulado *El fondo del alma*, cuyo asunto estaba tomado de la realidad. Salen de expedición por un río dos enamorados; la embarcación se hunde; el amor, verdaderamente apasionado, intenta salvar á la amada; pero ella, inconscientemente, paraliza los movimientos de él y le arrastra á lo hondo, y entonces él la rechaza y se salva solo, en un arranque del instinto de conservación. Mi amigo Saint-Aubin, en *El Herald*, se mostró sublevado por lo que él creía una tesis..., cuando, por desgracia, no es más que una observación, un dato de psicología experimental, que la catástrofe del transatlántico italiano ha venido á corroborar cumplidamente.

Sólo las madres murieron agarradas á sus niños, alzándolos, como banderas, sobre las olas.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Fragmento del panteón de D. Antonio Cánovas del Castillo, recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol

AGUSTÍN QUEROL

Si digno de atención y estudio es el progreso realizado por los pintores catalanes desde mediados de la pasada centuria, mayor interés ofrece el desenvolvimiento que ha logrado la escultura. Los artistas del cincel, desprovistos casi de antecedentes, sin maestros ni guías, careciendo de modelos y sin más precedentes que escasas y limitadas creaciones, por fortuna conservadas, han podido determinar con sus obras el glorioso período del renacimiento de la escultura, tan completo, tan genial y tan vario, que no titubeamos en afirmar que de nuestro país ha salido ese núcleo de inteligentes é inspirados cultivadores de esta especial é importantísima rama de las Bellas Artes.

De esa pléyade de artistas meritisimos, á quienes debe nuestra patria el renacimiento de la escultura, formó parte Agustín Querol, cuyo nombre debe figurar entre el de aquellos que más señalados servicios han prestado al arte de nuestro país y al que ha rendido siempre ferviente culto.

Debido quizás al elevado concepto que el arte le merece, ha buscado las fuentes de inspiración en las obras capitales que señalan períodos gloriosos en ese gran arte, tan característico de la escultura. La personalidad de Querol, su vida artística, la narración de sus primeros triunfos, los tanteos de sus juveniles años y cuanto puede recordar el modo y forma en que se han desarrollado sus excepcionales aptitudes, exigiría mayor espacio del que podemos disponer y permite las condiciones de esta Revista. De ahí que nos limitemos á consignar escasas noticias, con mayor motivo cuando en diversas ocasiones nos hemos ocupado de tan excelente escultor en estas páginas, y hoy nos impulsa únicamente el propósito de unir nuestro aplauso á los que se le han dedicado por la importancia y valía de su última producción y por la excepcional recompensa con que se le ha distinguido, otorgándole el Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1906 la medalla de honor.

Cual acontece con casi todos aquellos que se singularizan, debe Querol la merecida fama alcanzada al esfuerzo de su inteligencia y á sus propias energías. Con estos dos factores se ha ennoblecido, y cada uno de los señalados triunfos que á costa de su laboriosidad y perseverancia ha obtenido, significa un nuevo timbre de su blasón artístico, que dulcifica el recuer-

do de los sinsabores y afanes que hubo de soportar en los comienzos de su carrera. No está todavía lejano el recuerdo de aquella estatua de *San Juan predicando en el desierto*, que presentada en público concurso valió á Querol el pensionado en Roma, y aún recordamos el hermoso relieve representando á *Tulia pasando por encima del cadáver de su padre*, que remitió desde la Ciudad Eterna como resultado de sus estudios, modelado ya con esa soltura y amplitud tan peculiar en nuestro amigo, cuya poderosa concepción corre parejas con sus aptitudes, así como su celebrado grupo *La tradición*, subordinado á otros cánones, en abierta rebelión con el seudo clasicismo, que á pesar de las empeñadas controversias á que dió lugar, se impuso y reportó á su autor la medalla de primera clase en la Exposición de Bellas Artes de 1887. El grupo *Sagunto*, el frontón de la Biblioteca y Museos Nacionales de Madrid, el grandioso coronamiento del edificio en donde se halla instalado el Ministerio de Agricultura y Bellas Artes, el sentido bajo relieve representando á *San Francisco curando á los leprosos*, la estatua titulada *El vencido de hoy*, así como los notables monumentos, á *Moyano*, emplazado en Madrid; el de *Méndez Núñez*, en Vigo; el de *Legazpi y Urdaneta*, en Manila; el dedicado á los heroicos *Bomberos* de la Habana; el de la viuda de *Ebalza*, en Bilbao; el de los *Mártires* de Zaragoza; el de *Bohognesi*, en Lima, y un considerable número de bustos, estatuas y retratos, entre ellos los del rey Alfonso XIII, de la reina regente y de la malograda princesa de Asturias, que demuestran todos ellos el aliento y el temperamento del artista, su pasmosa labor y cuán justificados son los elogios que se le tributan, ya que alguna de sus obras embellece alguna de las ciudades más importantes del extranjero.

Resta ocuparnos de la última de sus producciones, de aquella que reviste caracteres verdaderamente excepcionales, destinada á perpetuar la memoria y conservar los mortales despojos de un hombre eminente que dirigió los destinos de nuestra patria durante varios períodos y cuya existencia fué violentamente cortada. Nos referimos al panteón erigido recientemente á D. Antonio Cánovas del Castillo en la Basílica de Atocha. Allí, en esa obra, verdaderamente notable, puede apreciarse en toda su extensión la valía del artista, su acierto en concebir ese conjunto que tan apropiadamente interpreta el doble objetivo del mo-

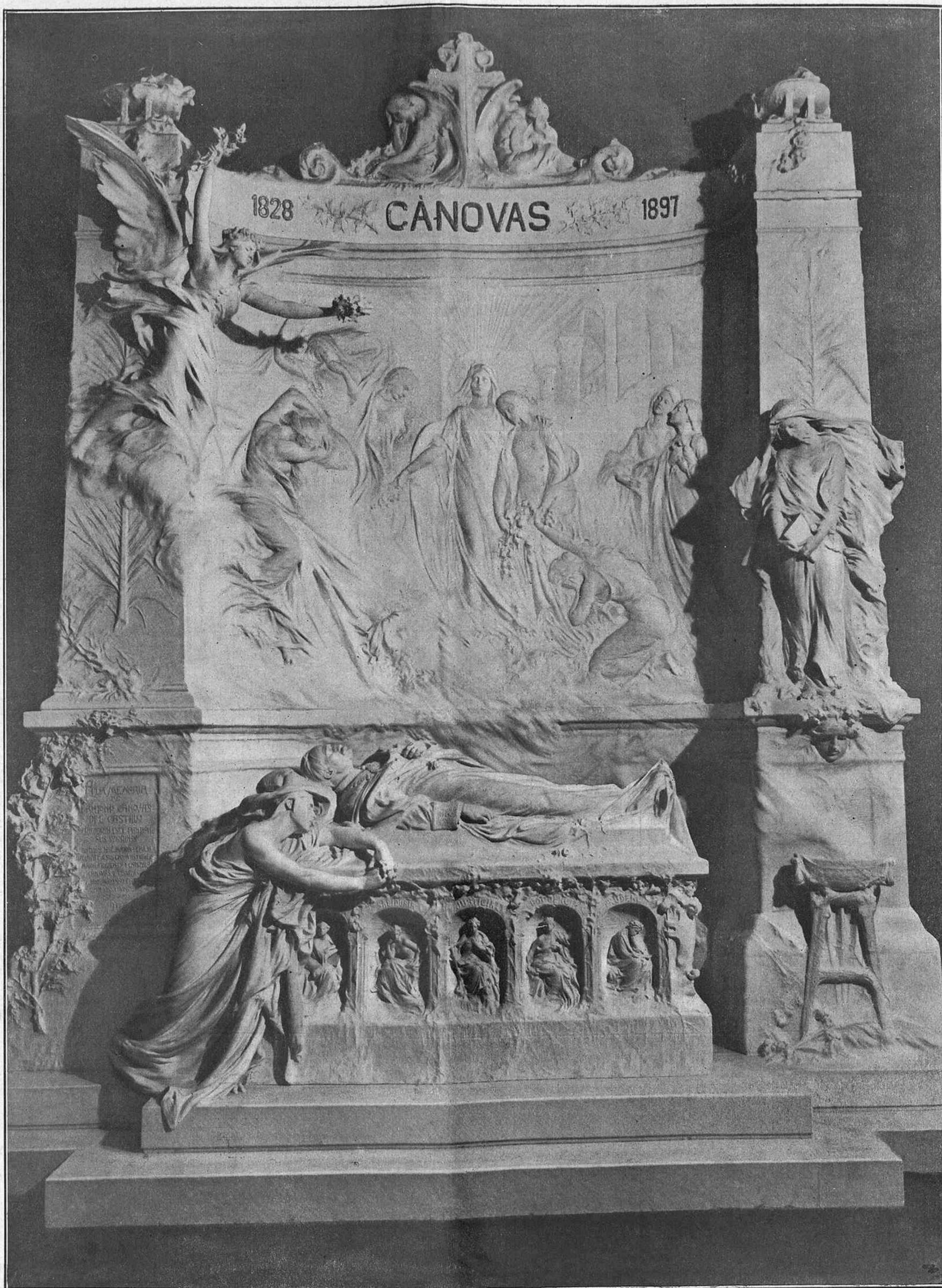
numento y esa facilidad en modelar, exenta de amaneramientos, que no revela en sus menores detalles cansancio ó fatiga, antes al contrario, atestigua el potente esfuerzo, las energías que sin el menor decaimiento ha desarrollado el artista. Consta la obra á que nos referimos, y cuyo conjunto y granados fragmentos reproducimos en estas páginas, de dos partes esenciales: el sarcófago que contiene el cadáver de Cánovas del Castillo y el gran bajo relieve, limitado por dos pilares, que adosado al muro sirve de fondo y complemento del panteón. En el sepulcro propiamente dicho, destácase, en primer término, la estatua yacente de Cánovas del Castillo; y en las hornacinas que decoran el frente del sarcófago, las alegóricas estatuas de la Justicia, la Prudencia, Templanza, Sabiduría, Fortaleza y Elocuencia, y encerradas en un escudo las palabras *Pro Patria*. Descollando en el testero la bella estatua, que simbolizando la *Patria*, ampara dolorida los restos del hombre público. Cuanto al bajo relieve, hemos de consignar que en él se desarrolla una sucesión de alegorías delicadamente sentidas y magistralmente representadas.

Por lo expuesto, compréndese la importancia de la obra realizada por nuestro amigo, sobria y severamente concebida, cual correspondía al artista y al objeto á que se destinaba, no titubeando en afirmar, que es una de las más hermosas creaciones de tan notable escultor.

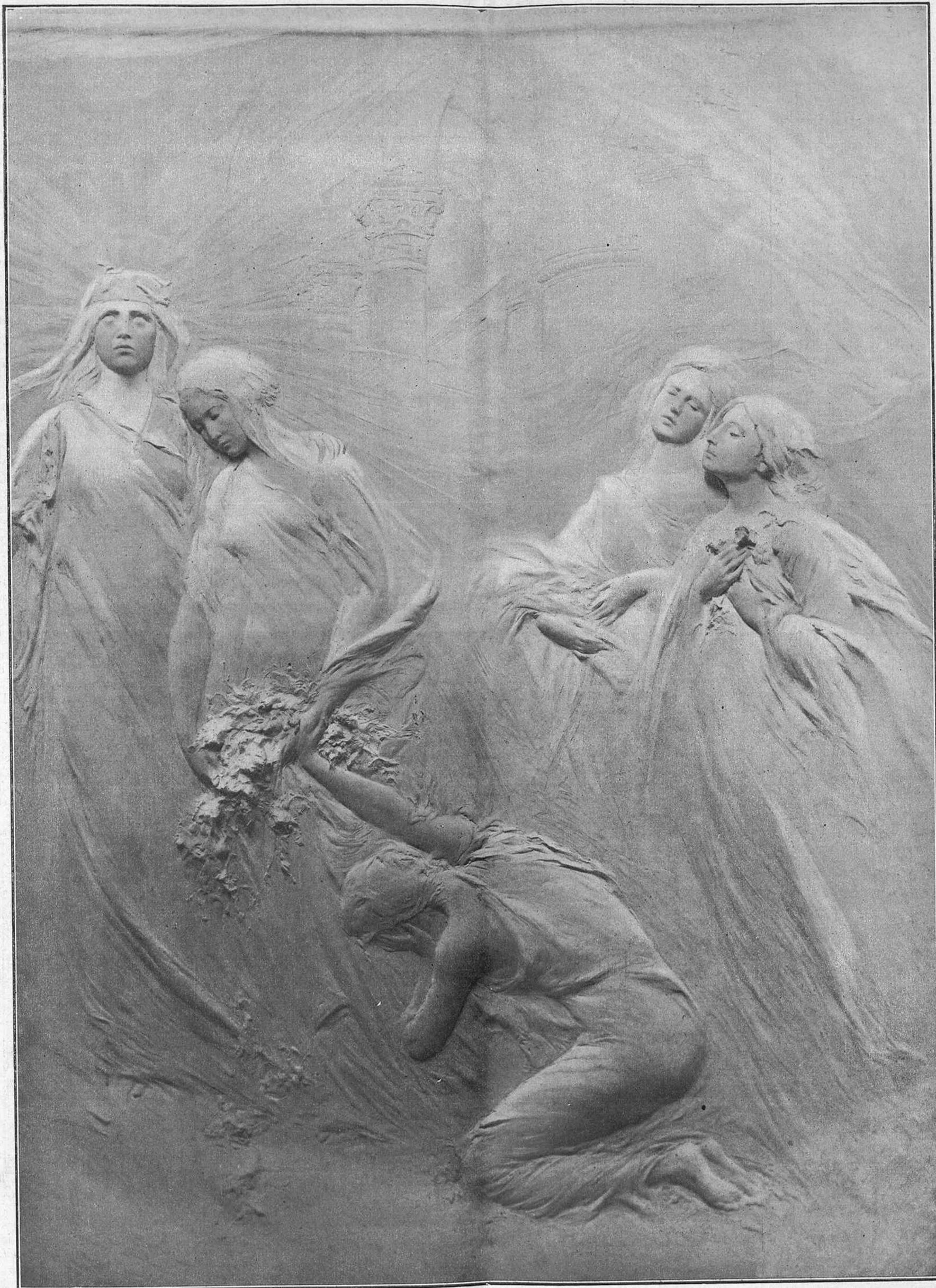
Es indiscutible que el nombre de Agustín Querol representa y significa una personalidad artística de gran relieve, que á pesar de los merecimientos y al igual de lo que ha acontecido á otros artistas eminentes, no obtendrá los severos juicios de la crítica hasta la posteridad. ¡Triste privilegio, ciertamente, reservado sólo para algunos que logran singularizarse! Querol, por fortuna, vive y conserva sus energías y brilla su inteligencia, pudiendo esperar que ha de ofrecernos nuevas ocasiones en que aplaudirle y ensalzarle.

Y para que nuestros lectores puedan completar el juicio que hayan podido formar, próximamente reproduciremos otras varias obras, tan dignas de ser celebradas como las que hemos mencionado. Interin, ofrecémosle nuestros plácemes por la labor realizada y por la altísima distinción obtenida en el último certámen artístico en que ha tomado parte.

A. GARCÍA LLANSÓ.



PANTEÓN DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol



BAJO RELIEVE DEL PANTEÓN DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol

ENTREVISTA DEL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA
CON EL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA

Mucho ha dado que hablar la visita que Eduardo VII ha hecho recientemente á su sobrino Guillermo II. El monarca inglés había atravesado el verano último dos veces Alemania, y á pesar de haber pasado muy cerca de la residencia del emperador, no había querido verle, pretextando la situación excepcional en que se hallaba Europa á consecuencia del extraño viaje de aquél á Tánger y ante la proximidad de la conferencia de Algeciras. A esta actitud prudente y reservada de Eduardo VII contribuyó no poco el tratado anglo-francés, entonces recientemente firmado, pues no parecía lógica, á raíz de la *entente cordiale*, la visita del rey de Inglaterra al soberano de la nación contra la cual se sienten aún agraviados los franceses.

El tiempo transcurrido desde entonces y la normalización de la política europea después de la conferencia de Algeciras, han hecho desaparecer aquellos inconvenientes, y la entrevista entre Eduardo VII y Guillermo se efectuó el día 15 de los corrientes en el castillo de Friedrichshof. El rey Eduardo llegó por la mañana á la estación de Kronberg, en donde fué recibido por el emperador, y después de almorzar y de visitar el monumento del emperador Federico, la iglesia evangélica y el Saalburg, antigua ciudadela romana recientemente reconstruida, se dirigieron al expresado castillo, en donde celebraron una larga entrevista.

A la mañana siguiente Eduardo VII tomó en Kronberg el tren que le condujo á Marienbad.

Como es natural, nada se sabe positivamente de lo que en su entrevista trataron ambos soberanos; pero la impresión dominante es que en ella se han discutido importantes problemas políticos dentro de un espíritu que no puede menos de fortalecer la paz europea.

soberano español revistó el 16.º regimiento de lanceros, del que es coronel honorario.

En Bulford fueron recibidos por el general Hamilton, con quien conversó largamente D. Alfonso. Después de la revista, alineáronse las tropas y el rey pronunció un discurso expresando la satisfacción que le producía ver su brillante regimiento, del cual se siente orgulloso.

prenden todo cuanto se relaciona con los deportes y con el atletismo: gimnasia, boxeo, esgrima, lucha, lanzamiento de discos, *football*, *rallye papers*, natación y hasta danza.

La gimnasia que se enseña en Joinville es la moderna, la sueca, que ha substituído á la puramente acrobática y que se basa en el estudio anatómico del cuerpo humano. Esa gimnasia científica exige, sobre todo en las lecciones más difíciles, ejercicios muy duros; pero no ofrecen peligro alguno para los órganos internos, pues el cuerpo ha sido paulatinamente preparado para esos esfuerzos razonados.

Al mismo tiempo que la gimnasia se cultiva con gran atención la esgrima de espada y florete especialmente.

En la fiesta á que hemos hecho referencia los alumnos de la escuela practicaron de un modo admirable ejercicios de gimnasia científica, sin más aparato que el *bomme* sueco; ejercicios en la barra alemana, asaltos de boxeo, de esgrima de bastón y de lucha francesa, carreras de obstáculos y finalmente el escalo de un muro vertical de ocho metros de altura, que efectuaron con una ligereza y una rapidez asombrosas.

Puso término á tan agradable fiesta una danza lenta, rítmica, elegante, ejecutada por los profesores y alumnos de la escuela con gracia y corrección intachables.

A la fiesta asistieron con carácter oficial el capitán Mayer, en representación del ministro de la Guerra, el general ruso Sino y el comandante Lefebure, director de la Escuela militar de gimnasia de Bélgica, y además oficiales de todas las armas, conocidos *sportsmen*, elegantes damas y una gran multitud.

La Escuela de Joinville, dirigida en la actualidad por el comandante Coste, ha llegado á su apogeo. Hace poco, obtuvo el primer premio en la prueba militar organizada por la Unión de las sociedades francesas de deportes atléticos; y en el mismo concurso, uno de sus sargentos, Steiner, admirable atleta

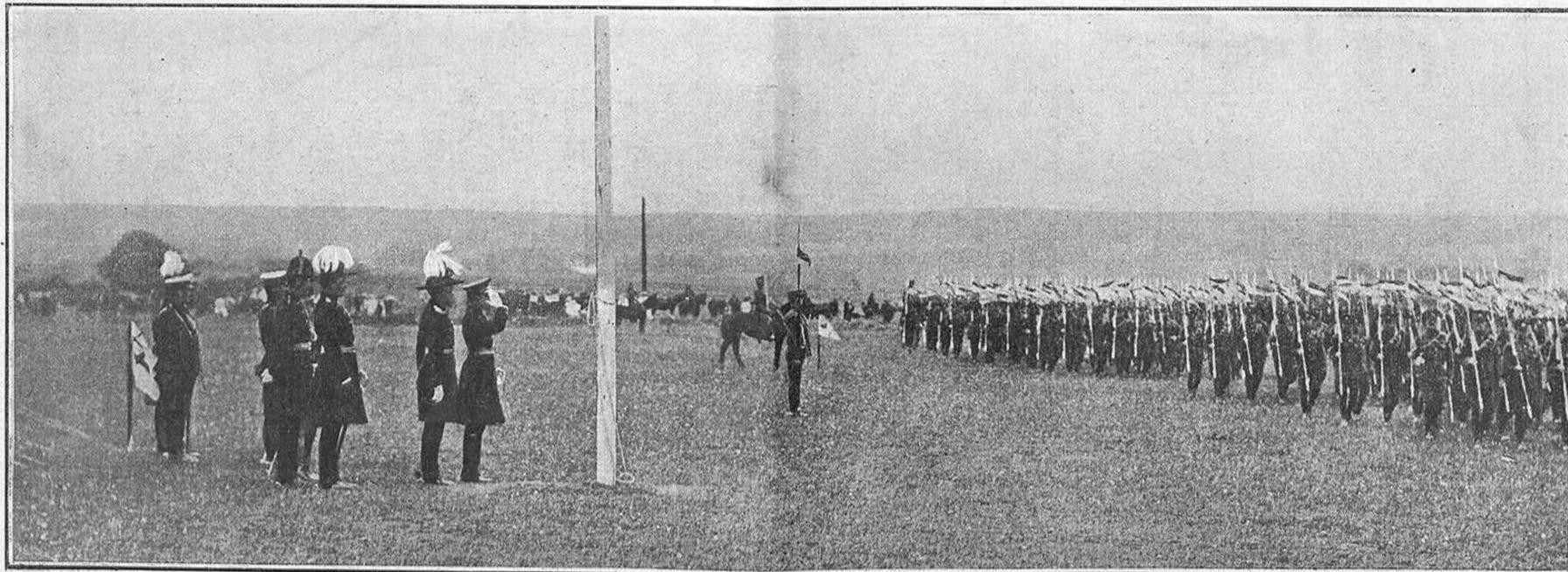


VISITA DEL REY DE INGLATERRA AL EMPERADOR DE ALEMANIA. — LLEGADA DE EDUARDO VII Á KRONBERG, EN DONDE LE RECIBIÓ GUILLERMO II. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Los soldados contestaron con entusiastas hurras. Nuestros reyes almorzaron con los oficiales del regimiento y regresaron á Cowes, después de haber visitado al duque de Pembroke en su residencia de Milne Park, en donde fueron obsequiados con un te.

LA ESCUELA NORMAL MILITAR
DE JOINVILLE

Hace pocos días celebróse en la Escuela normal militar instalada en Joinville-le-Pont, en las inmedia-



LOS REYES DE ESPAÑA EN INGLATERRA. — S. M. EL REY D. ALFONSO XIII REVISTANDO EN EL CAMPAMENTO DE BULFORD EL 16.º REGIMIENTO DE LANCEROS, DEL CUAL ES CORONEL HONORARIO. (De fotografía.)

EL REY DE ESPAÑA EN EL CAMPAMENTO
DE BULFORD

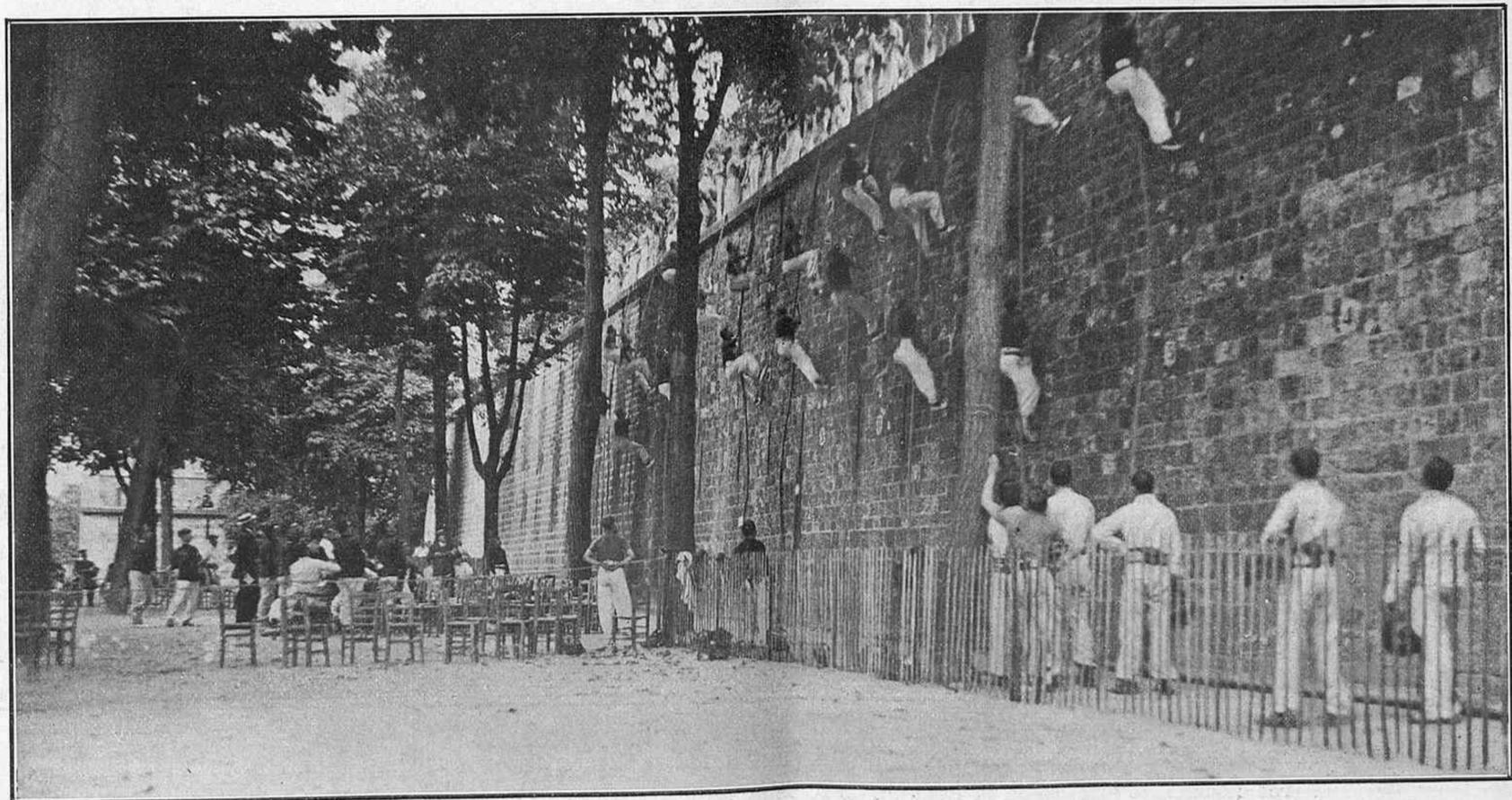
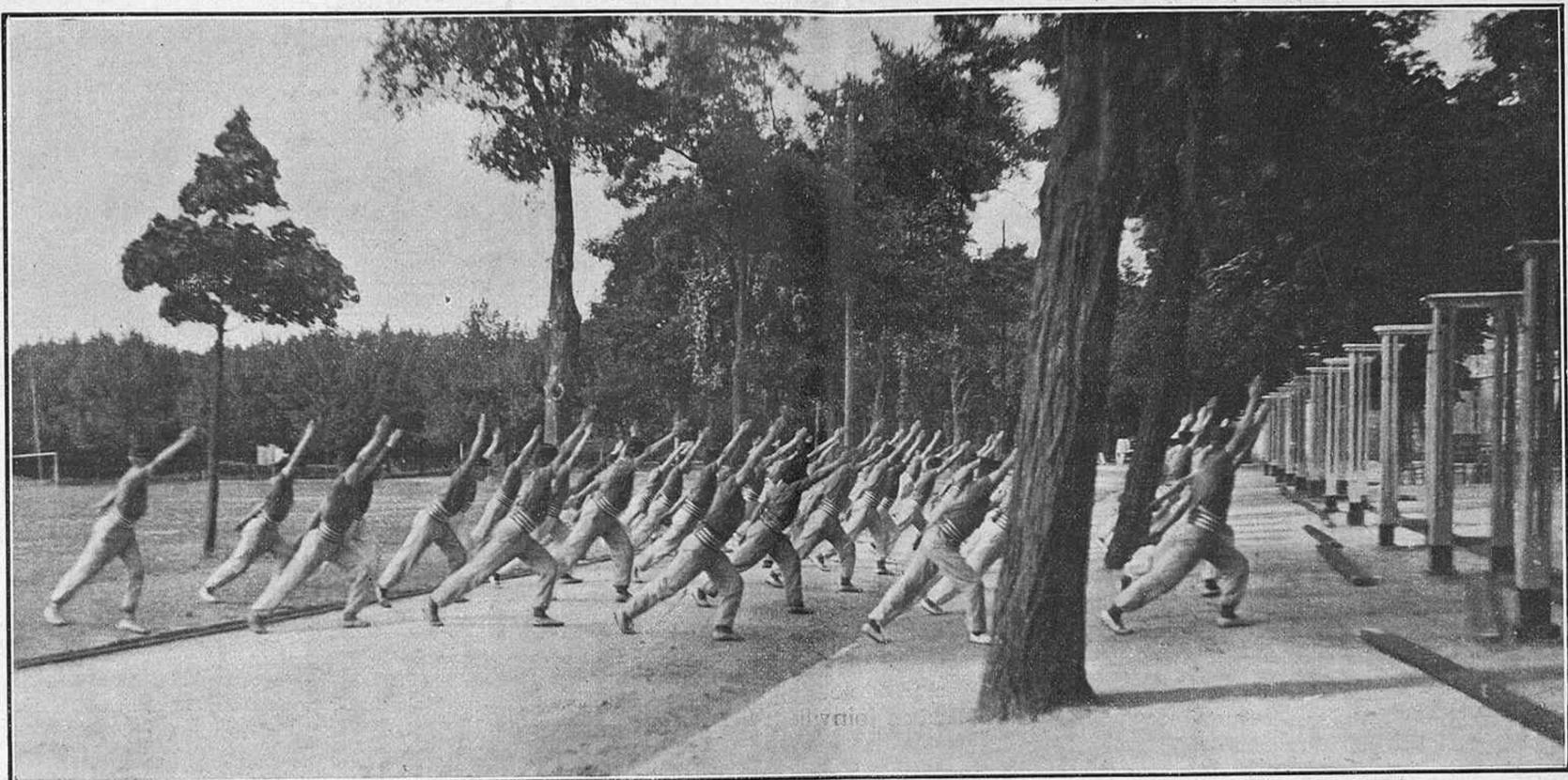
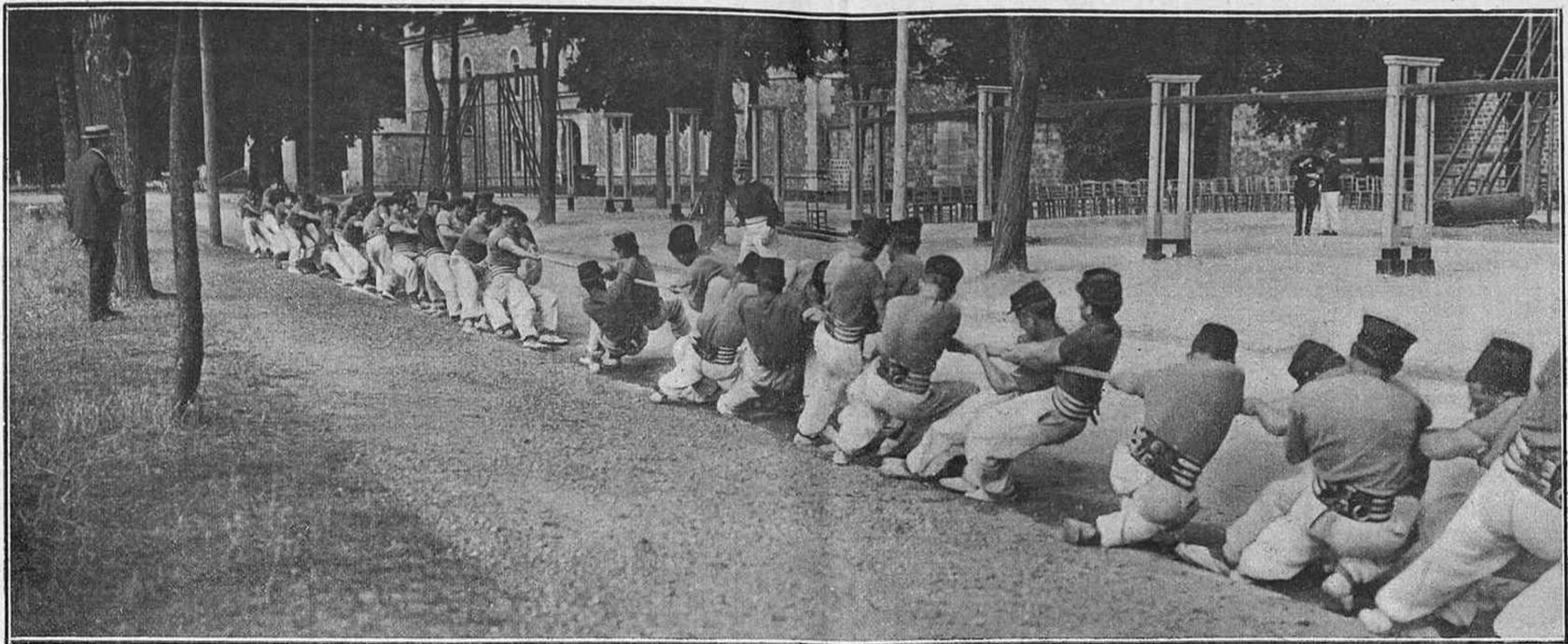
Durante su estancia en Cowes, los reyes D. Alfonso XIII y D.ª Victoria visitaron el campamento de Bulford. En la mañana del día 11 de este mes, embarcados en el yate *Sheila*, propiedad de la princesa Beatriz, madre de la reina, y acompañados de ésta y de dos de sus hijos, se dirigieron á Southampton y de allí á Salisbury y al citado campamento, en donde el

ciones de París, la fiesta anual que es presenciada siempre por un público numeroso y distinguido, y en la cual se admiran los ejercicios de gimnasia y de esgrima, que constituyen las materias de enseñanza de aquella interesante institución.

El objeto de la escuela es, en efecto, hacer de los oficiales, sargentos y soldados que le envían los diversos regimientos instructores aptos para propagar, una vez reincorporados en sus regimientos respectivos, las enseñanzas en ella recibidas. Esas enseñanzas se refieren únicamente á la educación física y com-

y corredor de primer orden, ganó el campeonato individual militar, y otro sargento, Cadot, fué clasificado el primero en el lanzamiento de pesos.

Un importante periódico parisiense al dar cuenta de la fiesta, termina su reseña con el siguiente párrafo: «Ayer toda la escuela, esa gloria del ejército francés, ha conseguido un nuevo triunfo. Sí, su fiesta ha sido una verdadera apoteosis que han aplaudido las notabilidades deportivas más calificadas: la Escuela normal militar de Joinville-le-Pont se nos ofrece más admirable que nunca.»—R.



Escuela normal militar de gimnasia y esgrima de Joinville.—Ejercicio de la cuerda.—Ejercicio de flexibilidad.—Escala de un muro
(De fotografías de M. Rol y C.^o)



LA PATRIA, ESTATUA ALEGÓRICA DEL PANTEÓN DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol



LA HISTORIA, ESTATUA ALEGÓRICA DEL PANTEÓN DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol

EL NAUFRAGIO DEL VAPOR «SIRIO»

En el número 1.285 dimos cuenta del naufragio de ese vapor, embarrancado en los bajos de las Hornigas. Los pormenores que con posterioridad se han hecho públicos han confirmado las primeras impresiones que entonces relatamos: nadie se explica satisfactoriamente la causa del horroroso accidente ni que, á pesar de la prontitud con que se acudió en socorro de los naufragos, haya llegado á cerca de 300 el número de las víctimas de la catástrofe.

El sitio en que se perdió el *Sirio* es un grupo de islotes bajos, especie de continuación submarina del cabo de Palos (Murcia), al que está muy próximo. La circunstancia de llevar el buque una velocidad de 16 millas hizo que el choque fuese terrible, cayendo al suelo todos los pasajeros y tripulantes, que, una vez repuestos de la primera impresión, se lanzaron al mar ó se agarraron fuertemente á los palos, barandillas, cuerdas y cuantos objetos podían ofrecerles algún apoyo. El pánico que de todos se apoderó en aquellos momentos, la falta de serenidad ó energía de quienes venían obligados á dirigir los trabajos de salvamento en la forma en que en tales casos se efectúan, y acaso el mismo afán de los naufragos por refugiarse cuanto antes en las embarcaciones que acudieron en su auxilio, fueron probablemente las principales causas de que el siniestro alcanzara tan aterradoras proporciones.

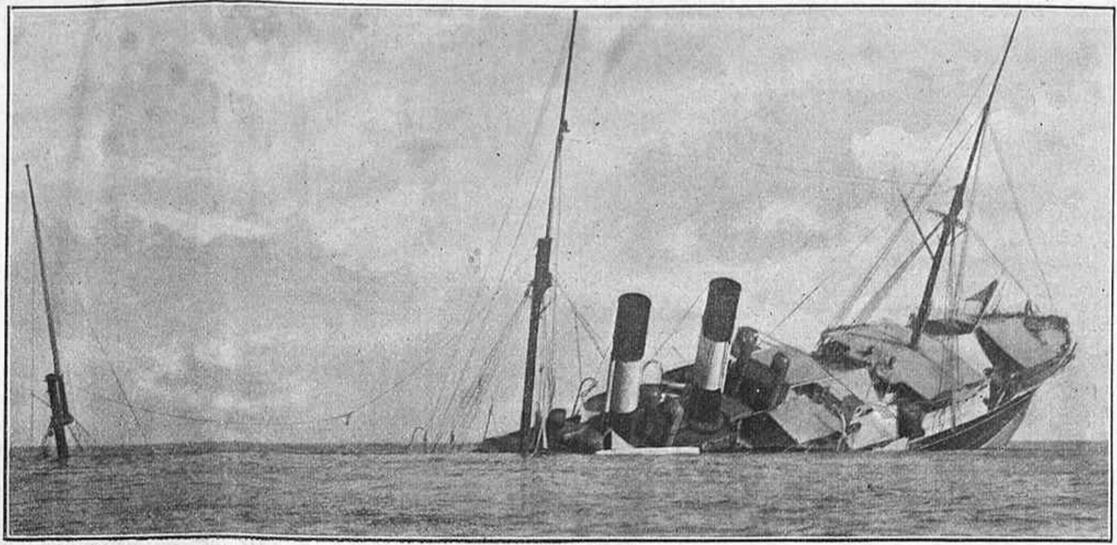
Describir los episodios trágicos que después del naufragio se desarrollaron es tarea punto menos que imposible; hubo, como en todos los casos análogos, actos de abnegación sublime, junto á otros de verdadero salvajismo en que la bestia humana y el ansia de vivir se sobrepusieron á todo sentimiento altruista; hubo también actos de heroísmo entre los que desde el primer instante socorrieron á los naufragos, gracias á los cuales pudieron centenares de éstos ser salvados de una muerte cierta.

No menosemocionantes fueron algunas escenas ocurridas después del salvamento cuando se encontraron individuos de una misma familia que se creían desaparecidos.

Las autoridades de Cartagena se portaron admirablemente facilitando á los naufragos todo lo necesario, y la población en masa ha dado en esta ocasión pruebas de caridad y de amor sublimes, siendo muchas las familias que dieron albergue en sus casas á aquellos infelices y contribuyendo todos, desde los más potentados á los más humildes, con su óbolo y con sus consuelos á aliviar tantas necesidades físicas y tantos dolores morales.

Entre los que más se distinguieron en los trabajos de salvamento, merecen especial mención Vicente Buhigues, patrón del pailebot *Joven Miguel*, y Agustín Antolino, patrón de llaúd *Vicente Lacambra*, que lograron arrancar de las olas á centenares de naufragos, y á quienes éstos han hecho, durante su estancia en Cartagena, públicas y entusiastas manifestaciones de agradecimiento, aplaudiéndoles y aclamándoles á su paso por las calles. A uno y á otro ha concedido el gobierno la cruz roja del Mérito Naval, y el Ayuntamiento acordó por unanimidad abrir una información para pedir que se les conceda el ingreso en la orden civil de Beneficencia.

La ceremonia de la imposición de las cruces se efectuó en



POSICIÓN EN QUE QUEDÓ EL «SIRIO» DESPUÉS DEL NAUFRAGIO. (De fotografía de L. Mínguez, de Cartagena.)

el salón del Trono de la Capitanía general el día 12 de los corrientes, y fué un acto verdaderamente solemne, al que asistieron el alcalde, presidiendo una comisión de concejales, el gobernador militar de la plaza, el general jefe de la brigada

El capitán general, vestido de uniforme de gran gala, pronunció un sentido discurso reconstituyendo la escena del naufragio y ensalzando el valor y el arrojo de los salvadores; terminó diciendo que si al estrechar la mano de los reyes se había sentido honradísimo, no menos honrado se sentía al apretar las de los valerosos marinos que habían salvado á tantas personas.

Después impuso las cruces á los dos patrones citados, entre los aplausos y aclamaciones de los asistentes.

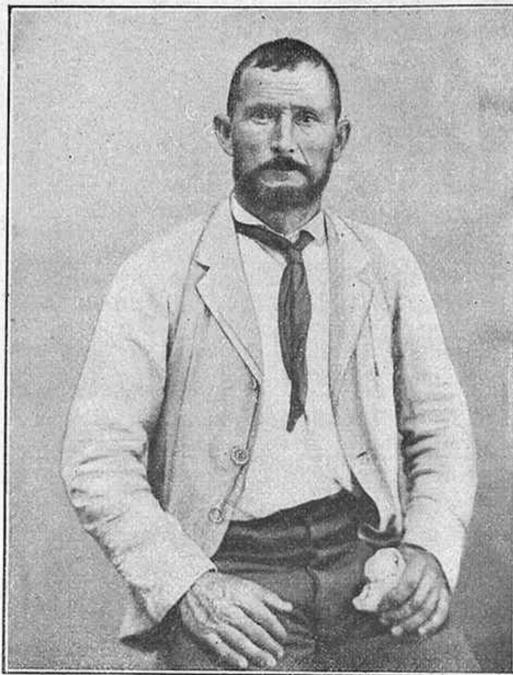
El numeroso público estacionado frente á la Capitanía general tributó una ovación á Vicente Buhigues y á Agustín Antolino. — S.

CUENTO INTERESANTE

CUADRO DE H. F. BACON

(Véase el grabado de la p.ª 568)

Pocos asuntos hay tan simpáticos para un cuadro como los que representan escenas infantiles; de aquí el placer que produce la contemplación de la obra de Bacon, en la que el notable artista inglés ha pintado con naturalidad y gracia admirables tres encantadoras niñas entretenidas agradablemente en la lectura de uno de esos cuentos maravillosos que son el encanto de la infancia.



VICENTE BUHIGUES, patrón del pailebot *Joven Miguel*, y AGUSTÍN ANTOLINO, patrón del llaúd *Vicente Lacambra*, que salvaron á centenares de naufragos. (De fotografía de L. Mínguez, de Cartagena.)

de infantería de guarnición en Cartagena, el arzobispo de Pará, uno de los naufragos salvados, el cuerpo consular, representaciones de todos los cuerpos y corporaciones oficiales, los tripulantes de los barcos que habían realizado el salvamento y la prensa.

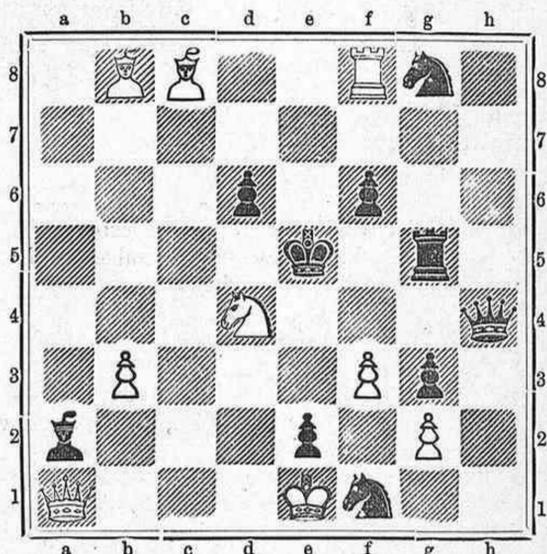


GRUPO DE LOS PRIMEROS NAUFRAGOS DEL «SIRIO» QUE LLEGARON Á CARTAGENA (De fotografía de L. Mínguez, de Cartagena.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 436, POR V. MARÍN.

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 435, POR V. MARÍN.

- | | |
|---------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D b3-b6 | 1. Cualquiera. |
| 2. C6 D mate. | |

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, B^a des Italiens.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

Aquella suave tarde de febrero empezaba á oscurecerse. Las sombras se amontonaban, llenas de misterio y de olores húmedos, por las profundas calles de la gran selva de Othe, en la Champaña. Las nubes se arrastraban, pesadas y lentas, casi al ras de los más altos árboles, sin amenaza inmediata de lluvia.

Un momento antes, hubieran oído los ecos de las trompas, pues los Valtín estaban cazando aquel día; pero los rumores de los cobres, estridentes de cerca, se apagaban pronto, débil ruido, en seguida tragado por el enorme silencio de los bosques.

En la plazoleta de la Croix-Marie, cortada por el empedrado de Villeneuve, la larga perspectiva del camino desierto, ondulando en el horizonte de una parte á otra entre inmóviles negruras, medía una pequeña parte de aquellos espacios, en los que se respiraba la agreste paz de la naturaleza.

En una eminencia cubierta de hierba, estaba sentada una vieja, alguna abuela, sin duda, de una familia rural, que se había sentado para descansar, después de haber buscado leña, según se veía por el haz que tenía al lado.

Apagado por la tierra blanda, alfombrada de hojas podridas, oyóse un ligero galope por la vereda próxima. De repente, las herraduras golpearon las piedras y después se pararon. La amazona, detenida bruscamente, estaba examinando los alrededores.

La vieja miró, indiferente á aquella gracia y á aquella juventud como hacía un momento á la tristeza mágica de la selva, cosas familiares á sus ojos y lejanas para su alma. Aquello no le interesaba.

La joven que acababa de detenerse esperando á sus compañeros, era encantadora y montaba con gracia. Una chaquetilla negra indicaba las finas líneas de su busto, y bajo el ala del honguito de fieltro, su blanca y delicada cara, sus hermosos ojos negros coronados de perfiladas cejas, y su estrecha nuca, cargada de un pesado nudo de cabello oscuro, ofrecían una rara seducción por su expresión, su elegancia y su penetrante suavidad.

Otras pisadas de caballos golpearon el elástico suelo, y apareció un jinete con levitín y *leggings*. Después llegó una joven vestida con casaca roja y el clásico *lampion* sobre el cabello rubio. Una linda criatura también, pero de un tipo ficticio, atrevido y sensual, muy diferente de la primera.

—Estamos completamente perdidos..., completamente, dijo con mal humor.

—Pues no soy yo quien puede sacar á usted á buen camino, suspiró el jinete.

—Por supuesto, Sr. Le Bray; ni tampoco Cristina de Feuilleres, puesto que ni ella ni usted han cazado nunca á caballo ni conocen el bosque de Othe. Por otra parte, cuando digo «perdidos» no quiero decir que ignoro mi camino. ¿Pero cómo encontrar la ca-

cería? No comprendo á mi marido; Andrés es absurdo. Debía enviarnos los picadores á la plazoleta de la Faneuse.

Estaba extraordinariamente ofendida la hermosa

Cristiana de Feuilleres, que había oído la observación, dirigió involuntariamente una mirada al jinete, y ambos conocieron una vez más cuán bien se comprendían. Pero mientras las oscuras pupilas de la joven se inundaban de dulce piedad, las del jinete chispearon de ironía.

—Nosotros, señorita, no tenemos el botón de la cuadrilla, no somos dignos.

—¡Qué gracioso!, dijo la hermosa Francisca con una sonrisa ambigua y ese movimiento de ojos con que estimulaba á sus adoradores.

Es de observar que, para ella, todo hombre pertenecía á esta categoría, y le gustaba comprender en ella al interesante joven Antonio Le Bray, conocimiento muy reciente, y sin embargo, ya casi de su intimidad. Presentado por los Sebourg, hermana y cuñado de Cristiana, como un amigo ante todo y también como un arquitecto de gran porvenir, estaba instalado en Otheval, el admirable castillo histórico de los Valtín, para dirigir en él ciertas reparaciones difíciles. Nada más natural que una encantadora dueña de casa y un huésped de veintinueve años, artista, ingenioso y de ese tipo meridional fino, moreno y erguido, que recuerda la invasión sarracena, entrasen rápidamente en mutuas coqueterías.

Ella, por otra parte, no pensaba en nada más que en coquetear, y mucho menos él, sobre todo en aquel momento en que la frase tontamente despreciativa respecto de la pobre, denunciaba para el corazón generoso del joven una naturaleza de mujer absolutamente desagradable.

La vieja no había contestado á la pregunta amable, y sin embargo, debió de oír, pues levantó su cara color de arcilla y hendida de arrugas. Pero al ver que los tres jinetes se disponían, después

de un corto coloquio, á volver á tomar el camino por donde habían venido, se le ocurrió de pronto decir algo.

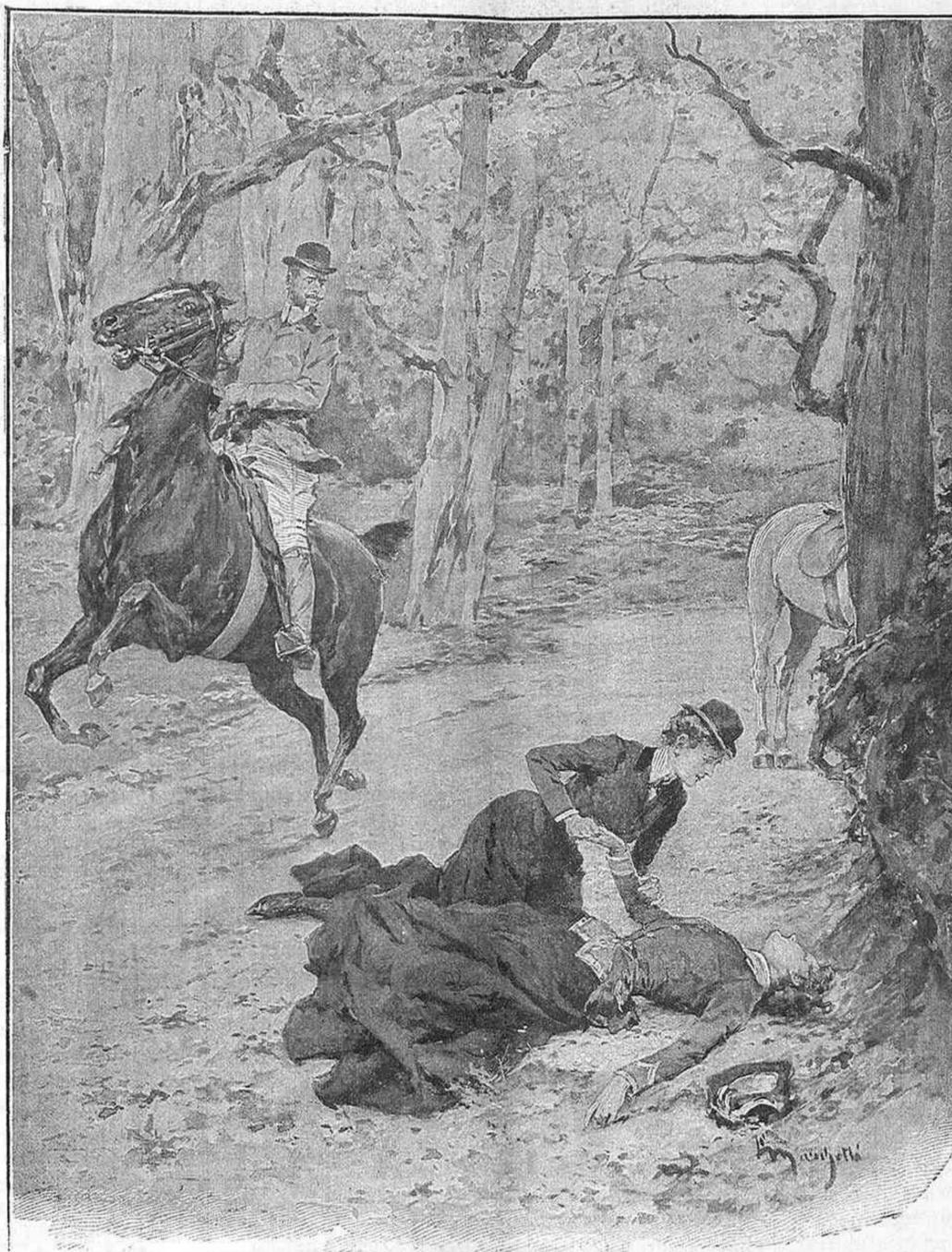
—Puede que haya una desgracia, exclamó; he oído voces.

—Voces... ¿Dónde?

La vieja levantó la mano hacia un paseo que desembocaba también en la plazoleta. Su gesto, su aspecto, el silencio en que había caído después de sus alarmantes palabras, produjeron un ligero escalofrío á los cazadores. Aquella mujer parecía una bruja fatídica.

Pero ocurrió algo que los alarmó todavía más.

En la entrada del paseo designado de aquel modo, y por el que iban á meterse, apareció un caballo con silla de amazona. Y aquella silla estaba vacía. El animal llegaba á un trotecillo circunspecto. La posición de sus orejas, su paso y toda su inquieta fisonomía, decían más distintamente que la palabra humana de la campesina: «Ha ocurrido una desgracia.» Cuando vió á sus compañeros, se paró en seco. Después, levantó la cabeza y relinchó, mientras sus hermosos ojos asustados giraban en la órbita con un reflejo de fuego y de sangre.



... allí, en la orilla del camino..., aquellas dos formas de horror y de dolor, de la que partían sollozos...

señora de Valtín, como se la llamaba en su sociedad de alto lujo y de alta industria. Su marido, Andrés Valtín, el riquísimo fabricante de automóviles—eran los «Valtín» los más veloces del mundo,—pasaba por un excelente director de cacerías en aquel bosque de Othe, cuya caza tenía arrendada. Su esposa, Francisca, se jactaba sobre todo de resucitar las verdaderas tradiciones de la montería y sus pretensiones en este arte eran extremadas. Y había algo de humillante, para una persona tan versada en los términos y en los usos, en no haber podido comprender la táctica del ataque ni el lenguaje de las trompas para mantener á sus invitados en buen camino.

En esto la señorita de Feuilleres notó la presencia de la vieja, tan grisácea é inmóvil en el anochecer, que apenas se la distinguía de las vegetaciones muertas. La amazona hizo dar un paso á su caballo.

—Dispense usted, señora... ¿Está usted aquí hace mucho tiempo? ¿Ha visto usted pasar la cacería?

—¡Qué idea, murmuró la de Valtín, llamar «señora» á semejante ser!

—¿Cómo la llamaría usted?, preguntó Le Bray.

—No sé... Buena mujer, ó nada, dijo Francisca con una mueca de desdén.

Cristiana exclamó con acento desesperado:

— ¡El caballo de Antonieta!..

Y se lanzó en la dirección de donde venía el caballo. Pero levantó el suyo con tal impetu, que enloqueció al otro, y sin la prontitud de Le Bray, que le agarró por las riendas que colgaban, el caballo libre hubiera sido para la amazona una peligrosa compañía en la vereda obstruida por las ramas.

— ¡Dios mío!, exclamó la señora de Valtín con una voz que sonó á fingimiento. ¿Qué ha sucedido á esa pobre señora de Sebourg? Ayúdeme usted, Sr. Le Bray, creo que me voy á desmayar.

— ¡Téngase usted firme, señora, y sujete á su caballo!, ordenó casi brutalmente el arquitecto.

El joven sintió que le exasperaba aquella mujer amanerada que complicaba la situación. Haciendo como que se desmayaba, dejaba de sujetar á su caballo, excitado por aquella escena y que amenazaba desbocarse queriendo seguir el galope de su compañero.

Antonio, cuya alma se iba detrás de la joven por aquella calle brumosa en el rojizo invierno de los bosques, por la que Cristiana corría á alguna emoción horrible, tuvo, sin embargo, que atender primero al embarazo inmediato. Se bajó del caballo, y después de haber preguntado en vano á aquella vieja rara si sabría sujetar un caballo, ató á un árbol por la falsa rienda aquel de que se había apoderado. Después se aseguró de que Francisca, á pesar de su modo de volver los ojos verdes bajo las cejas negras y de crisar la temblorosa mano sobre el hábil relleno de su casaca roja, seguía perfectamente dueña de sí misma y de su caballo, y montando el sólido irlandés que las cuadras Valtín le prestaban aquel día, echó á correr á toda rienda detrás de la señorita de Feuilleres.

Antonio no era un hombre de *sport*. La habilidad que demostraba dependía de sus cualidades naturales de energía, de agilidad y de presencia de espíritu, estimuladas por el apasionado interés que le inspiraba Cristiana. La poca equitación que recordaba era un resto de un viaje á Grecia realizado por cuenta del gobierno cuando era pensionista de la villa Médicis, en Roma. Como primer premio, había aprovechado la facilidad que se le ofrecía de pasar fuera de Italia una parte de los cuatro años privilegiados. Su gusto por los ejercicios físicos se había desarrollado en el curso de sus viajes. Y aunque no hubiese montado á caballo, no hubiera resistido aquella mañana al amable ofrecimiento de los de Valtín, que ponían á su disposición una de sus soberbias monturas para ir á una cacería en que tomaba parte la cuñada de su amigo Sebourg. Cristiana de Feuilleres, en el poco tiempo que la conocía, ocupaba su pensamiento un poco más de lo que él mismo juzgaba razonable.

En aquel momento, Antonio se dejaba llevar por su caballo, el cual, una vez recibida la indicación, había salido en línea recta y al más fogoso galope. El valiente animal esperaba ver pronto las casacas rojas, cuyo solo aspecto le hubiera hecho precipitar su paso, ya tan rápido, y oír las tocatas, que él, con su segura memoria, distinguía tan infaliblemente como los mozos de jauría. El caballo sentía una confusa vergüenza al comprender que se había perdido la cacería y al echar de ver la ignorancia del jinete de ocasión instalado en su lomo. Pero como ese jinete no tenía en los tacones irritantes espuelas y le dejaba en libertad de boca y de cuello, le llevaba sin mal humor, á grandes y fáciles galopadas, saltando los obstáculos sin esperar que se le rogase y entregándose magníficamente á su vocación de velocidad.

No fué muy lejos. Por sí mismo, y á despecho de su ardor desenfrenado, se paró bruscamente, con las cuatro patas pegadas al suelo, las orejas tendidas y las narices palpitantes de espanto. El que le montaba hubiera intentado en vano obtener de él semejanza de prudencia. Pero el caballo, aun en plena velocidad de caza, tenía demasiada inteligencia y generosidad para pasar como una fuerza bruta é inerte delante de aquella escena angustiosa, allí, en la orilla del camino..., aquellas dos formas de horror y de dolor, de las que partían sollozos, gritos é interrogaciones conmovedoras.

Antonio, con el corazón contraído de angustia, se apeó del caballo y se acercó sin atreverse á preguntar:

— ¿Está muerta?

Esta era, por otra parte, la pregunta que formulaba la voz doliente de Cristiana:

— ¡Antonieta!.. ¡Antonieta mía!.. Háblame... Respóndeme... Dime que me oyes..., que vives todavía...

— ¡Cómo!.. Era la realidad, aquella escena inverosímil y desgarradora... Aquella joven inanimada, caída en el suelo, con la frente ensangrentada bajo sus cabellos rubios..., sola..., sola..., y á la que su propia hermana acababa de encontrar allí, por una fatalidad atroz, en una partida de placer en la que había veinte jinetes, sin contar los lacayos y los curiosos de los

alrededores... ¿Cómo era posible? ¿Por qué aquel aislamiento increíble de la señora de Sebourg? El estupro paralizó un instante á Antonio. Después vino la reacción y el profundo enternecimiento por Cristiana.

— Señorita, se lo suplico á usted; cálmese; déjeme ayudarla... Vamos á ver..., no es más que un desmayo; la herida no parece tan grave...

— ¡Oh! Sr. Le Bray, coja usted su caballo, corra usted, cójalo... ¿Qué vamos á hacer si se escapa? Estamos tan lejos... Vaya usted á buscar socorros... ¡Un médico, Dios mío!.. Y no hay nadie con nosotros que tenga una trompa para tocar llamada...

Cristiana cambió de posición y se arrodilló para apoyar en ella la cabeza de Antonieta.

La herida llevaba la casaca roja, porque tenía el «botón» de las cacerías Valtín, ese privilegio de gran elegancia de que hablaban hacía un momento Antonio y Cristiana.

Gerardo de Sebourg era miembro del consejo de administración de la sociedad de Automóviles Valtín, puesta en comandita á la muerte del fundador, hermano del director actual. Sebourg se ocupaba directamente del negocio, organizando la gran publicidad, encargándose de las relaciones con la prensa y dirigiendo las cuestiones litigiosas y de propaganda. Era vagamente literato, había estudiado Derecho y poseía grandes relaciones, pues pertenecía á la antigua aristocracia, que conserva todavía su prestigio, por él y por su mujer, hija mayor del conde de Feuilleres. Por todos estos motivos se imponía en las redacciones, que le gustaba frecuentar, y no menos en la sociedad de advenedizos á que pertenecía su jefe. Habiendo comprado una propiedad próxima al castillo de Otheval, aquella magnífica construcción del Renacimiento, que se llamaba corrientemente Othevaltín, sostenía en ella caballos de caza, lo que le permitía tomar parte en las cacerías. Allí era donde estaba hacía quince días su cuñada Cristiana, que no había nacido de la misma madre que Antonieta, sino de otra condesa de Feuilleres.

El placer de la caza á caballo, nuevo para la joven, tomaba hoy y para siempre una trágica significación en su recuerdo.

Antonio, entre tanto, había cogido maquinalmente las riendas de su caballo y vacilaba confuso. Era preciso, sin duda, ir á buscar socorros... ¿Pero cómo? No conocía ningún camino del bosque y no descubriría á nadie; pero, aun admitiendo que tuviera la suerte de un encuentro, ¿cómo volver á este sitio que se parecía á todos en una superficie de veinte mil hectáreas?

En la perspectiva de la vereda, vio á Francisca Valtín que venía á un trote acompasado; y aunque Antonio no se hacía ilusiones sobre el egoísmo que acorazaba á la linda mujer, su impulso fué prepararla é impedir que viese bruscamente aquella cabeza horriblemente herida, que cubría de sangre la falda y las manos de Cristiana.

El joven corrió á pie, abandonando su caballo, que se defendía.

— Señora... Una horrible desgracia..., la pobre señora de Sebourg...

— ¡Antonieta!.. ¡Cómo!.. ¿Herida?..

Antonio bajó la voz:

— ¡Temo que algo peor.

— ¡Muerta!

La entonación sorprendió á Antonio. También le chocó la prisa fríamente curiosa con que impulsó su caballo y dirigió la primera mirada, limpia y ávida, á aquella cara de amiga, á aquella tierna cara de joven, de cutis más fino que un pétalo de flor, de facciones dulces y delicadas y manchado de sangre hasta el punto de no distinguirse dónde acababa la herida de la frente y de la sien. ¡Qué singular tranquilidad, después de los aspavientos de hacía un instante!

— ¡Ah, señora!.. Diga usted al Sr. Le Bray dónde encontrará socorros. Usted conoce el terreno; ayúdenos, suplicó Cristiana.

Aun en el extravío de tal minuto, Cristiana observaba la dureza de actitud de aquella mujer á caballo, cuya postura de cuerpo y de riendas no había sido modificada por un estremecimiento, y cuyo busto, rígido como el de un teniente en la parada, miraba aquel espectáculo intolerable con la vista fija bajo los párpados entornados y solamente con un poco de palidez en las mejillas y en los labios.

Las súplicas de la joven recordaron á Francisca su papel. Dijo unas cuantas palabras de lástima y añadió decidiéndose:

— Voy yo misma á buscar alguien; el señor Le Bray se perdería y sería demasiado largo explicarle... Conozco una casa de guarda muy cerca. Y acaso encuentre á nuestra gente. Valor, Cristiana. Antes de un cuarto de hora tendrá usted socorros.

Fué aquello prontamente dicho y más prontamente

ejecutado. Francisca Valtín, frágil muñeca, poseía un organismo de acero. Al decir la última palabra, estaba ya lejos en un galope vertiginoso. Montada en un caballo rápido y seguro, uno de esos animales que ella sabía escoger y hacer domar á fin de brillar en la caza con el minimum de dificultad y de peligro, era para ella un juego aquella carrera. Acaso también la lanzaba con más vehemencia en el espacio algo violento y excitante que se había desencadenado en ella. Sus ojos, de reflejos verdes, brillaban y sus delicadas narices palpitaban con un vivo aliento. La oleada de la vida era potente en sus venas. Durante su fuga febril la gran selva la rodeaba llena de silencio y ya envuelta en el crepúsculo.

Al dar una vuelta se levantó un poco de viento que traía ecos de tocatas. Francisca apercibió el oído; pero vió ponerse tiesas las orejas del caballo y se fió más de ellas. Orientándose poco más ó menos, soltó las riendas, y el caballo partió con más velocidad todavía, cortando por el bosque. Un instante después aparecieron enfrente de ella las casacas rojas en lo alto de una cuesta.

Los jinetes vieron aquella amazona sola y se precipitaron hacia ella; pero uno ganó á los demás en velocidad. Aquel debía conocerla aun de muy lejos, y se reunió con ella á doscientos metros delante de los otros.

— Gerardo, es usted aterrador y le adoro...

— ¡Francisca!.., exclamó el hombre palideciendo.

— Desconfíe usted ahora y salve nuestra dicha, que será divina. Ya no le haré sufrir más.

— ¿Qué dice usted?

— Ya no seré más celosa, aunque sobreviva.

— ¿Quién?

— Antonieta.

Sebourg dió un grito y los otros cazadores le rodearon. La de Valtín admiró su habilidad, pues pareció que sabía por ella el accidente ocurrido á su mujer. Su emoción se manifestó tan espontánea y expresiva, á pesar de su natural reconcentrado, que la misma Francisca estuvo un momento por creer en ella. Pero no. Puesto que se representaba la tragedia, ella quería tomar parte plenamente en ella con todo su orgullo, con toda su imaginación y toda su nerviosidad. Era al mismo tiempo una primitiva de las cavernas y una descompuesta de la excesiva civilización, aquella linda criatura de casaca roja y de cabello tan bien dorado y undulado, aquella mundana que refinaba todos los refinamientos, no encontrando todavía en la extravagancia del lujo moderno bastantes adornos ni bastantes ritos para su cuerpecito de actitudes y flexibilidades felinas. El pensar que el hombre cuyo amor exigía hubiese, si no matado á su mujer, expuéstola al menos á algún mortal accidente para que las sospechas de la esposa legítima no estorbasen su intriga, le producía una embriaguez malvada y deliciosa. Veía ya las leyendas que circularían en torno de ese drama por todos los salones, donde todo se admite y aun las peores infamias encuentran excusa, con tal de que estén cubiertas de oro. Francisca desconfiaba de antemano una especie de gloria atroz. Un crimen cometido por la hermosa señora de Valtín... Eso sí que fanatizaría á los hombres. Eso despojaría de todo sabor los éxitos de las demás mujeres...

— ¿Dónde está, Dios mío?, preguntó Gerardo... ¿Qué esperáis? Llevadme.

Francisca hizo una observación bastante oportuna.

— Quédesse usted aquí, ordenó á uno de los cazadores. Tiene usted los mejores pulmones. Tocará usted «la carretela de las damas», y cuando venga el *break*, nos le lleva en seguida. Nosotros tocaremos allí llamadas de trompa para guiarles. Es el camino que va de Fontaines-Closes á la encrucijada de la Croix-Marie.

Al oír esta indicación, Gerardo echó á correr. Francisca se puso en seguida de un salto á su lado, pero otros los siguieron de cerca. Imposible cambiar una palabra.

Gerardo de Sebourg, con la casaca de caza, era un jinete magnífico. Hasta en un salón, vestido de frac ó de *smoking*, chocaba por el contraste entre su tipo de fuerte raza y las siluetas menudas, demasiado finas, si no ridículas, de los elegantes de hoy. Tenía más de seis pies de estatura, anchos hombros y un soberbio aspecto, aunque los treinta años empezasen á engordarle. La cara era regular, un poco maciza, con frente estrecha bajo espesos cabellos negros y rizados; fuerte bigote, cierta animalidad en la pesada mandíbula inferior, ojos llenos de una llama oscura, que se hacía fácilmente ruda y casi salvaje en las contrariedades. Tal como era, con el misterio de su boca sensual y silenciosa y sin tomarse el trabajo de expresar ideas, sentimientos, un corazón ó una inteligencia, que acaso no tenía, Sebourg había tenido innumerables éxitos con las mujeres, pero no tenía

por ello vanidad alguna, al contrario, decía que le fastidiaban. El placer que podía obtener en su compañía no le parecía aceptable más que con el mínimo de molestias posible. Por eso, hasta que á la señora de Valtín se le puso en la cabeza convertirle en cosa suya, las infidelidades conyugales de Gerardo, si existían, eran de esas que una mujer como Antonieta ignora ó desdén. Pero, hacía poco tiempo, las empresas de Francisca contra la dicha—relativa—de su amiga se habían hecho notorias.

Se aproximaban al lugar del siniestro. Los dos amigos que seguían á Sebourg y á Francisca acortaron el paso, acaso por distracción, acaso porque habían cambiado una mirada cuyo sentido trataban los dos de profundizar.

Entre los dos hombres hubo un coloquio en voz baja:

—¿Dónde se ha reunido con nosotros Sebourg?

—En las Bruyeres, donde saltó el ciervo. Gerardo le vió el primero...

—Cerca de Fontaines-Closes... Y volvía solo. ¿No se había marchado con su mujer para tomar un atajo?

—Ciertamente. Oí que su mujer le decía: «Yo no me separo de ti, Gerardo.»

Cambiaron otra mirada más expresiva que la primera y estas palabras vacilantes:

—¡Oh, no!.. Con todo...

Y finalmente esta reflexión:

—¡Asombroso!.. Esta, que viene á anunciarle delante de nosotros...

Y ciertos movimientos de cabeza comentaron el «ésta» y la coincidencia, por lo menos extraña.

Todos se agrupaban ahora alrededor de la desgraciada Antonieta, que no había recobrado el conocimiento. Pero un poco de agua fresca, encontrada por Antonio en el hueco de una piedra y en la que había mojado el pañuelo, había restañado ligeramente la sangre y se distinguía mejor la herida. La frente estaba horriblemente magullada y abierta por encima de la ceja derecha. Una rama, sin duda, con la cual había tropezado rudamente su cabeza en el fuego de la carrera y con la violencia del caballo.

Su marido, inclinado hacia ella, trataba de percibir su respiración y la manejaba con una dulzura de mujer. Los que quisieron sorprender algo en la fisonomía de Gerardo quedaron chasqueados, pues sus facciones, de una gravedad casi triste, no tenían que hacer mucho para caer en la tristeza, y su expresión, tan poco cambiada, no revelaba nada.

De repente contrajo sus brazos de atleta y levantó á la herida como á una niña.

—Yo puedo llevarla bien, dijo, hasta la casa del guarda.

Estaba á dos kilómetros y quisieron ayudarle, pero él rehusó. En la plazoleta apareció el *break*, que llegaba á todo escape, seguido de toda la cacería, á la que tocatas enloquecidas habían reunido allí en las primeras tinieblas de la noche.

La vieja que recogía leña no se había movido de su puesto y miraba las idas y venidas, las caras asustadas, los gestos de estupor y aquella forma inanimada que estaban colocando con precaución en el coche, sin que sus ojos tiernos expresasen más que una vaga curiosidad mezclada con cierta ironía.

En el momento en que el *break* echaba á andar acompañado por los cazadores y por unos cuantos perros, que no comprendían semejante abandono de la caza, alguien se acercó á la campesina.

—Diga usted, buena mujer, ¿qué es lo que usted sabe? Ha debido usted oír algo.

—Han gritado, respondió.

—¿Quién?.. ¿Cómo?.. ¿Qué gritaban?..

La vieja no respondió.

—¡Cuidado!.. Reuna usted sus recuerdos, porque, acaso, se le pedirá su testimonio.

—¿Quién?, preguntó la vieja desconfiada.

—La justicia, si hay sospechas de crimen.

Aquellos viejos labios se torcieron en una rara sonrisa.

—¡Bah! ¿Acaso los ricos cometen crímenes?.. Se arreglan entre ellos y pagan á los jueces... No hay miedo de que yo me meta en semejantes historias, donde no hay más que malos resultados para los pobres.

Menos de una hora después, un médico de la comarca, llevado á gran velocidad en automóvil, examinaba á la herida, que estaba acostada en la cama de la casa del guarda.

Alrededor de ellos, no había en el cuarto, además de la servicial dueña de la casa, más que Sebourg, Cristiana y la señora de Valtín.

El marido de esta última, Andrés Valtín, con su traje de director de cacería y su trompa en bandolera, estaba sentado fuera de la casilla con la barba caída contra su casaca roja y un aspecto de consternación decente, pero echando pestes en su interior con todos los juramentos que alivian una excesiva contrariedad.

«Era cargante, por vida del diablo; muy cargante... Una temporada de caza perdida... Su buena amistad con Sebourg y sus alegres expediciones echadas á perder por las jeremiadas, el luto y todas las farsas. Las cosas lúgubres no le sentaban nada bien. ¡Qué torpe la tal señora de Sebourg! Una amazona mediana... Una mujer de trapo con manos de manteca, que no había sabido sujetar su caballo. ¡Mil truenos! ¡El primer accidente que ocurría á la cuadrilla Valtín!.. ¡Qué mala sombra!..»

Alrededor, en medio de la noche, siluetas de hombres y caballos. Nadie hablaba; nadie se movía; todos esperaban. De vez en cuando, el piafar de un caballo nervioso, un gruñido de perro y la reprimenda murmurada por un doméstico. Mas allá, la obscuridad, el silencio, la glacial frescura... Kilómetros y kilómetros de selva nocturna.

Las imaginaciones, hipnotizadas por el hecho trágico, pensaban en aquel camino, perdido entre mil, donde había un poco de sangre en la hierba y en las piedras. Entre la multitud enmarañada de las ramas, había una en actitud siniestra, la inmutable actitud del árbol mortífero contra el cual se había aplastado como un fruto aquella dulce frente de gracia y de amor, en la que nadie ya posaría unos labios embriagados.

Alguien, menos capaz que los otros de dominar su ansiedad, se acercó á Valtín. Era Antonio Le Bray, el joven arquitecto. Tenía de la brida un caballo, que, acaso, no era el suyo, pues todos los cazadores se habían apeado en un completo desorden. Antonio se ofreció á volver á montar, á correr á cualquier parte, al telégrafo, al castillo, á llevar una orden ó un mensaje. No podía soportar al estarse quieto, sin hacerse útil.

—Gracias, todo está hecho, dijo el industrial en tono triste. El picador está en Otheval, para telefonar á Steinnetz y á Tournaire. (Dos eminencias de la medicina y de la cirugía.) Si el doctor de aquí juzga transportable á esta pobre mujer, vamos á llevarla al castillo en el eléctrico. Es más cerca que á su casa. Dos hombres galopan hacia Aix-en-Othe con telegramas urgentes. No veo... Además, querido Le Bray, usted no conoce el país.

—¿Se ha teleografiado á sus padres?, preguntó el joven.

—¿A los condes de Feuillères?, contestó Valtín en tono alterado. No á fe mía; es demasiado delicado. Su marido lo hará, si lo juzga conveniente.

—¿Teme usted asustarlos? Pero la situación es tan grave...

—No sólo temo asustarlos, sino cometer una torpeza. ¿Cómo está Sebourg con los ancianos? ¿Lo sabe usted de fijo, siendo como es su amigo íntimo, más y desde hace más tiempo que yo?

Antonio respondió:

—El enfado está muy atenuado, ahora que Cristiana va y viene entre las dos casas y pasa de vez en cuando unas semanas con el joven matrimonio. Mientras fué pequeña, los Sebourg se esforzaron por ignorarla y tenerla á distancia. Era la enemiga, el producto viviente de ese segundo matrimonio que tanto había hecho sufrir á la hija de la primera mujer. Para Gerardo, menos sentimental, era sobre todo—preciso es decirlo—un estorbo venido fuera de tiempo, al que iría á parar la mitad de la fortuna. Pero Cristiana ha crecido y su encanto ha hecho su efecto. ¿Quién podrá tener contra ella un mal sentimiento? Es la bondad y la gracia mismas. Es un ángel esa muchacha...

—¡Hola, hola!, pensó el marido de Francisca, á quien el interés de estas explicaciones y el calor del final habían hecho olvidar, como al que hablaba, la preocupación urgente del momento.

Pero se lo recordó un incidente muy singular y que en las almas excitadas y vibrantes de los presentes tomó en seguida un alcance extraordinario.

En el umbral de la casa del guarda apareció una forma femenina vivamente dibujada sobre el fondo iluminado del interior, y la voz temblorosa de Cristiana dijo:

—¿Está por aquí el Sr. Le Bray?

El joven, al que no había visto á pesar de estar muy cerca de ella, se acercó precipitadamente.

—Mi hermana desea hablar á usted, caballero. A usted solo... Venga pronto... está muy mala.

El asombro sumió en el mutismo al grupo de los amigos, que, en su mayor parte, más que tales eran feroces observadores, envidiosos de los Sebourg, almas atentas á la vida como los espectadores en la barraca de las fieras, al acecho de sorpresas abominables, en las que haya crueldad, destrozos y dolor.

Todos se preguntaban qué podía significar la escena que se indicaba, y á nadie se le ocurría la idea tran-

quilizadora de que la señora de Sebourg vivía, hablaba y tenía conocimiento. La impresión se acentuó hasta la molestia—y fué por eso mismo más deliciosa—cuando se vió salir de la estrecha cabaña, en la lividez de la noche, primero al marido, después á su amiga Francisca, luego al mismo médico, apartándose todos de aquella habitación—una habitación de moribunda, sin duda—para dejar libre la conversación de aquella joven de veintiocho años con aquel hombre de veintinueve que no era siquiera pariente suyo.

Pero todos los que se encontraban allí eran del gran mundo, duchos en el arte de salvar las apariencias, y se guardaron muy bien de manifestar con una reflexión, con una actitud ó solamente con el silencio su verdadero estupor y de dejar ver uno solo de los cien comentarios, á cual más malévolos, que acudían á su mente.

Todos acudieron solícitos al grupo á enterarse por preguntas emocionadas del estado en que se hallaba su pobre y encantadora amiga.

Francisca se encargó de las explicaciones, pues Sebourg no abría la boca y Cristiana dejó al fin escapar los sollozos hasta entonces contenidos en el corazón. El médico de pueblo, muy embarazado probablemente, se agarraba á la esperanza de ver llegar pronto á uno de sus ilustres colegas, para lo cual calculaba mentalmente las horas de tren y del trayecto en automóvil desde la estación al castillo y del castillo á la casa del guarda.

La señora de Valtín aseguraba que no había que exagerarse la gravedad de la herida. Lo más alarmante no era la herida de la frente, sino un chorrito de sangre que persistía en escaparse por la oreja. Pronunció las palabras de lesión transversal y operación del trépano; pero nada de esto es mortal hoy en día. ¡La cirugía es tan maravillosa! Steinnetz, que hacía milagros, salvaría ciertamente á la pobre Antonieta. Por otra parte era posible que el cráneo estuviese intacto, pero el terrible choque había sumido á la infeliz en un síncope tan semejante á la muerte, que los había asustado á todos. Una inyección de éter la había sacado de aquel letargo. Había conocido á los que la rodeaban y no había dicho nada acerca de su accidente; pero, creyéndose perdida, acababa de reclamar de un modo insistente la presencia del Sr. Le Bray, á quien quería hablar á solas.

La señora de Valtín detalló este hecho con un tono de inocencia y de sencillez peor que todas las insinuaciones. El marido de Antonieta, con la cara impenetrable y los ojos fijos, no pareció oír. Para no caer en un silencio demasiado significativo, se volvieron hacia el médico en cuanto se calló Francisca.

¿Verdad que no se debía temer lo peor desde el momento en que la herida había recobrado ya la fuerza de hablar y una lucidez tan perfecta? El doctor murmuró algunas frases poco claras. No había nada desesperado. La juventud tiene tantos recursos... Y si ninguna lesión...

No pudo acabar su discurso. Antonio salió corriendo de la casa á reclamar ayuda. La señora de Sebourg acababa de perder el conocimiento.

Esta vez ninguna inyección de éter debía reanimar á la desgraciada Antonieta. Apenas entreabrió los ojos, no habló más y expiró.

Cuando, más adelante, Francisca Valtín quiso saber por la mujer del guarda las circunstancias que ésta hubiera sorprendido durante la corta conversación de la moribunda con Antonio, supo solamente que la pobre señora había querido escribir. El caballero ofreció su librito de apuntes; pero como no encontraba el lápiz, había pedido uno. Al llevarse, había visto á la herida un poco incorporada, sostenida por el caballero y disponiéndose á escribir con una voluntad y una energía increíbles. Aquel esfuerzo tan imprudente fué, de seguro, lo que le hizo desmayarse.

—¿Antes de escribir?, preguntó Francisca.

—Después de haber escrito unas palabras, respondió la mujer del guarda.

II

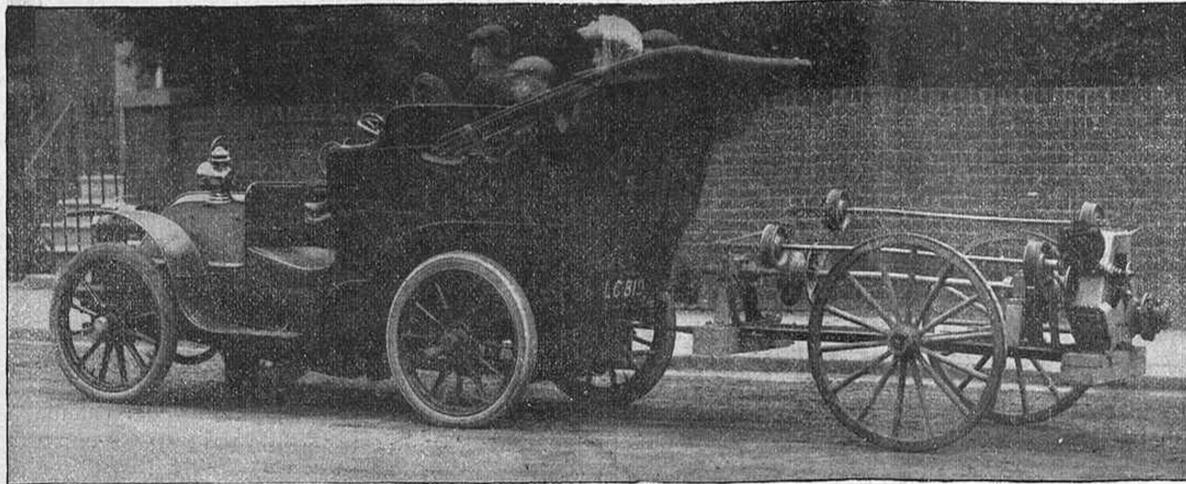
En la avenida Kleber, delante de la casa de los Sebourg están invadidas las aceras ante el aparato de un gran entierro. Pero lo que anima el barrio más que los penachos del carro, que el número de los coches y el entrar y salir de los visitantes, es el hormigueo de los curiosos, sus grupos excitados y sus relatos mil veces repetidos y á cual más absurdo.

Aquella muerte trágica de una hermosa señora, dotada de todos los dones de raza, de elegancia y de fortuna, el misterio del accidente y el hecho mismo de haberse producido en una cacería, lo que se presta á las suposiciones asombrosas, todo aquello apasionaba al populacho.

(Se continuará.)

VARIAS APLICACIONES DEL AUTOMÓVIL

Uno de los últimos adelantos hechos en la cuestión de automóviles indica una orientación que era de esperar. La fuerza disponible es tan grande, y por decirlo así, tan manejable, que todo aquel que tenga cierta inclinación á la mecánica es casi seguro que se habrá preguntado si en caso de necesidad no sería posible destinar el automóvil á otros usos. Se lee en un periódico que ha ocurrido un incendio en una casa de campo, y que pinturas de gran valor, muebles, etc., han sido destruidos por el fuego por hallarse á leguas de distancia la bom-



Automóvil arrastrando una bomba de incendios

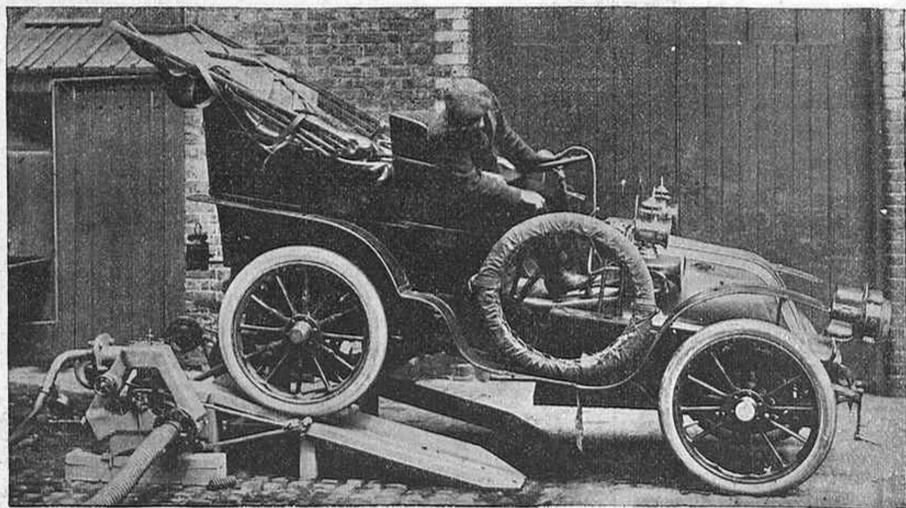
ba de incendios más próxima, y se ocurre la siguiente duda: ¿no podría el automóvil adaptarse para que sirviera de bomba de incendio?

Esa misma idea han tenido, sin duda alguna, los señores Menyweather é hijos, conocidos fabricantes ingleses de bombas de incendio, quienes han pedido patente para un aparato que acaban de construir y por medio del cual un automóvil puede hacer funcionar una de sus bombas de patente Hatfield, de gran velocidad y de triple chorro. Con dificultad podría concebirse otra adaptación más útil, porque de ese modo se puede tener dispuesto en cualquier casa de campo de alguna importancia un medio propio de salvamento en caso de incendio.

El mecanismo por cuyo medio se efectúa esa adaptación es en extremo sencillo. Se le coloca debajo del automóvil, al que se empuja hacia arriba por medio de dos planos inclinados para poderlo poner en la debida posición. Se le coloca de modo que los neumáticos de las ruedas extremas vengán á caer entre los boces de dos ruedas con ranuras en conexión con la barra del émbolo de la bomba. El automóvil se pone en movimiento lo mismo que de ordinario y la bomba principia á funcionar; un tubo de succión se coloca en el estanque, pilón de fuente, aljibe ó cualquier otro depósito de agua que haya á mano, y por medio de la manguera de riego se arrojan sobre el fuego grandes chorros de ella á alta presión.

El aparato está provisto de un eje con ruedas que puedan quitarse á voluntad, y cuando éstas están en su lugar puede engancharse todo él á la trama del automóvil y ser transportado para que funcione al lugar del incendio.

El aparato es tal que no sólo permite el empleo del automóvil como bomba de incendio, sino también para otros usos, por ejemplo, para llenar los depósitos de agua de una finca trayéndola de los pozos inmediatos. De la misma manera podrían regarse los jardines, huertos y plantíos. También puede utilizarse para hacer funcionar una sierra circular ó un taladro, colocando una correa en la barra de la rueda de fricción. Asimismo pudiera aprovecharse para mover una sierra para tumbár árboles y para otras muchas cosas que necesitan de una fuerza grande y que se presentan con frecuencia en una propiedad rústica. Los inventores indican lo á propósito que es su mecanismo para poner en movimiento un molino, y realmente de ese modo pudiera hacerse toda la molienda de granos y demás substancias que necesitará una familia numerosa; así como también otras labores parecidas, por ejemplo, cortar paja y nabos para el ganado, cargar acumuladores, etc.



Automóvil retrocediendo por planos inclinados para quedar enganchado á la bomba de incendio

Para muchos propietarios de fincas rústicas, la posibilidad de utilizar sus automóviles en algunas, por lo menos, de las formas indicadas, sería un motivo más para congratularse de tenerlos, haciéndoseles más llevadero su entretenimiento por la economía que les reportaría su empleo en otras funciones.

MÚSICA ELÉCTRICA

Aunque la electricidad ha producido muchas maravillas, han sido éstas por lo general relativas á las labores ordinarias. Ahora se ha realizado un invento que prueba que la electricidad es capaz no sólo de reproducir, sino de producir música. Si se visita cierto laboratorio de Holyoke, en Massachussets, Estados Unidos, se verá una máquina que materialmente fabrica música.

El Dr. Tadeo Cahill, que es el inventor, afirma que es tan fácil hacer música al extremo de un alambre de 50 millas como

irse que materialmente envolverá al mundo en una red musical.

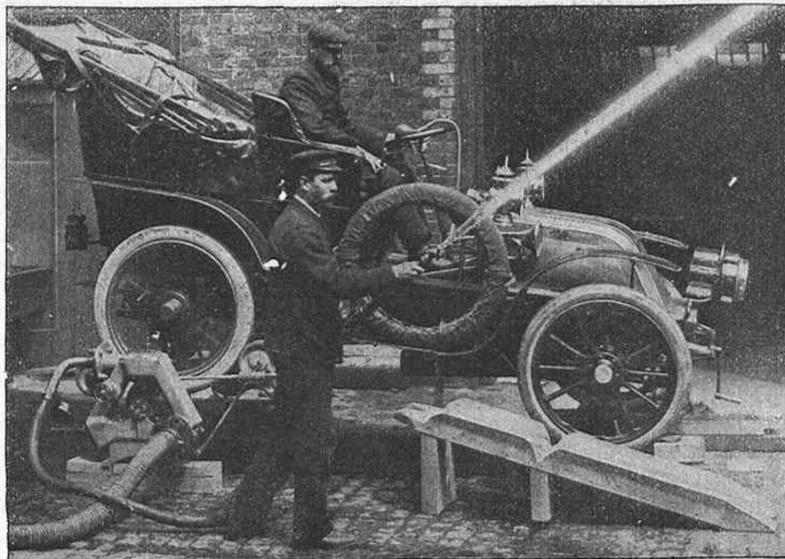
Las aplicaciones que de ese instrumento pueden derivarse son casi infinitas, porque no solamente produce los tonos de casi todos los instrumentos de orquesta conocidos, sino que crea sonidos musicales que nunca se habfan oído.

Una de las más notables cualidades de este invento es la absoluta influencia que da al ejecutante sobre los tonos producidos. Se presta instantáneamente á la expresión que quiera dársele y responde más armónicamente al alma del músico que ningún otro instrumento, con excepción tal vez del violín. Es tan sensible á los afectos y emociones como un ser viviente. El operador, con un simple toque, imprime distintos matices de las notas y los varía á voluntad. Los tres músicos que se están perfeccionando en el manejo de este instrumento en el laboratorio del Dr. Cahill, ven con júbilo que todas las diversas interpretaciones y emociones de la música clásica pueden expresarse de una manera artística.

Para producir música eléctrica el ejecutante ha de tener algún conocimiento del piano y ha de ser un músico consumado. Tan delicado es este instrumento, que los oyentes de una estación receptora, á leguas de distancia, pueden apreciar la distinta manera de pulsar de los que tocan. Un Bauer ó un Paderewski puestos á ello podrían deleitar á su auditorio á diez millas de distancia en tanto grado como si estuviera en el mismo salón de música que ellos. El teclado tiene dos filas de teclas y está provisto de mecanismos para regular las vibraciones armónicas y dar expresión á lo que se toca. Pero en todo el aparato no hay un solo tubo ni una cuerda ni una caña. Todo es eléctrico.

En la estación receptora, el aparato se compone sencillamente de un receptor de teléfono unido á una gran bocina como la de un fonógrafo. El receptor telefónico no debe aplicarse al oído, porque la corriente es tan fuerte que haría daño; pues al paso que una corriente de sólo seis diezmilionesimas de la millonésima de un amperé basta para producir un sonido en un receptor de teléfono ordinario, en el sistema Cahill á veces se usa una de un amperé por un instante para los tonos altos. En virtud de la fuerza de la corriente, las notas musicales no quedan alteradas por ninguno de los ruidos que pasan por la línea y que con tanta frecuencia perturban á la corriente más débil de los teléfonos comunes.

Este invento ya ha pasado de la etapa de los ensayos, puesto que está terminada la primera instalación comercial; la segunda se está construyendo y probablemente se colocará en Nueva York como estación central para la distribución de música.

Automóvil funcionando como bomba de incendio
Esta fotografía fué hecha al probar por primera vez el aparato unido al automóvil

enviar un telegrama. A un teclado de su invención puede sentarse una persona y hasta dos, y oprimiendo ligeramente las teclas, en los receptores, situados tal vez á muchas millas de distancia, se oye la música. Al oprimir las teclas el ejecutante produce una vibración ó una serie de ellas en el hilo que se convierten en vibraciones aéreas ó en música perceptible cuando llegan al diafragma de un receptor telefónico. Estas vibraciones, que representan notas y tonos, marchan con gran velocidad á cumplir su misión en cuanto se producen. El ejecutante tiene conciencia de lo que toca, pero no lo oye, ni es tampoco necesario que conozca el procedimiento mecánico que pone en movimiento al oprimir las teclas.

Diremos cómo funciona en pocas palabras: un generador de corriente alterna corresponde á cada nota de la escala musical, y cada uno de ellos produce tantas vibraciones eléctricas por segundo como vibraciones aéreas produce en ese mismo espacio de tiempo la nota de la escala musical á que corresponde cada uno. Desde el generador un manojito de alambres va á parar á las teclas. Estas operan sobre los conmutadores, que conducen la vibración que se desea desde los generadores de un modo análogo al que emplea el organista, que oprimiendo determinadas teclas, hace que el aire vaya de los fuelles á los diferentes tubos á fin de producir el tono que quiere. Esas vibraciones pasan por varios transformadores ó combinadores de notas que las hacen todavía más complejas, y después las vibraciones combinadas se transmiten por el alambre.

Aunque el procedimiento parece muy complicado, la acción es instantánea. El ejecutante oprime la tecla, que pone en movimiento una serie de vibraciones eléctricas que corresponden á una nota determinada, y en la milésima parte de un segundo resuena ésta clara y distintamente en el receptor, bien esté colocado junto al que toca ó bien á muchas leguas de distancia.

En el salón de música en donde se halla el operador reinaría el silencio más absoluto si no fuera por la bocina receptora, colocada á su lado y que le permite apreciar lo que está tocando. Las vibraciones no se transforman en sonidos hasta que llegan al receptor del teléfono. Sin embargo, durante todo ese intervalo los alambres transportan música silenciosa que se oiría si el oído humano estuviera dispuesto de modo que recogiese las vibraciones eléctricas del mismo modo que las aéreas.

En una habitación pequeña y obscura, inmediata al salón de música, hay un cajón largo con 400 receptores de teléfonos en conexión con el instrumento, pero con las bocinas enterradas en serrín, de modo que no emitan sonido alguno. Si se sacan del serrín unas cuantas de ellas, principian en seguida á cantar con fuerza.

Los alambres entre el instrumento y los receptores pueden ser colocados en cualquier parte y emitir sonidos musicales, y cuando el Dr. Cahill haya perfeccionado su invento podrá de-

El instrumento ya construído pesa más de 200 toneladas y ha costado 40.000 libras esterlinas.

Lo más importante, comercialmente hablando, es que la música eléctrica puede producirse simultáneamente en miles de lugares, distantes leguas unos de otros, con la misma fuerza que si hubiera en cada uno de ellos una orquesta. Varios de los generadores de ciertas notas tienen de 15 á 19 caballos de fuerza.

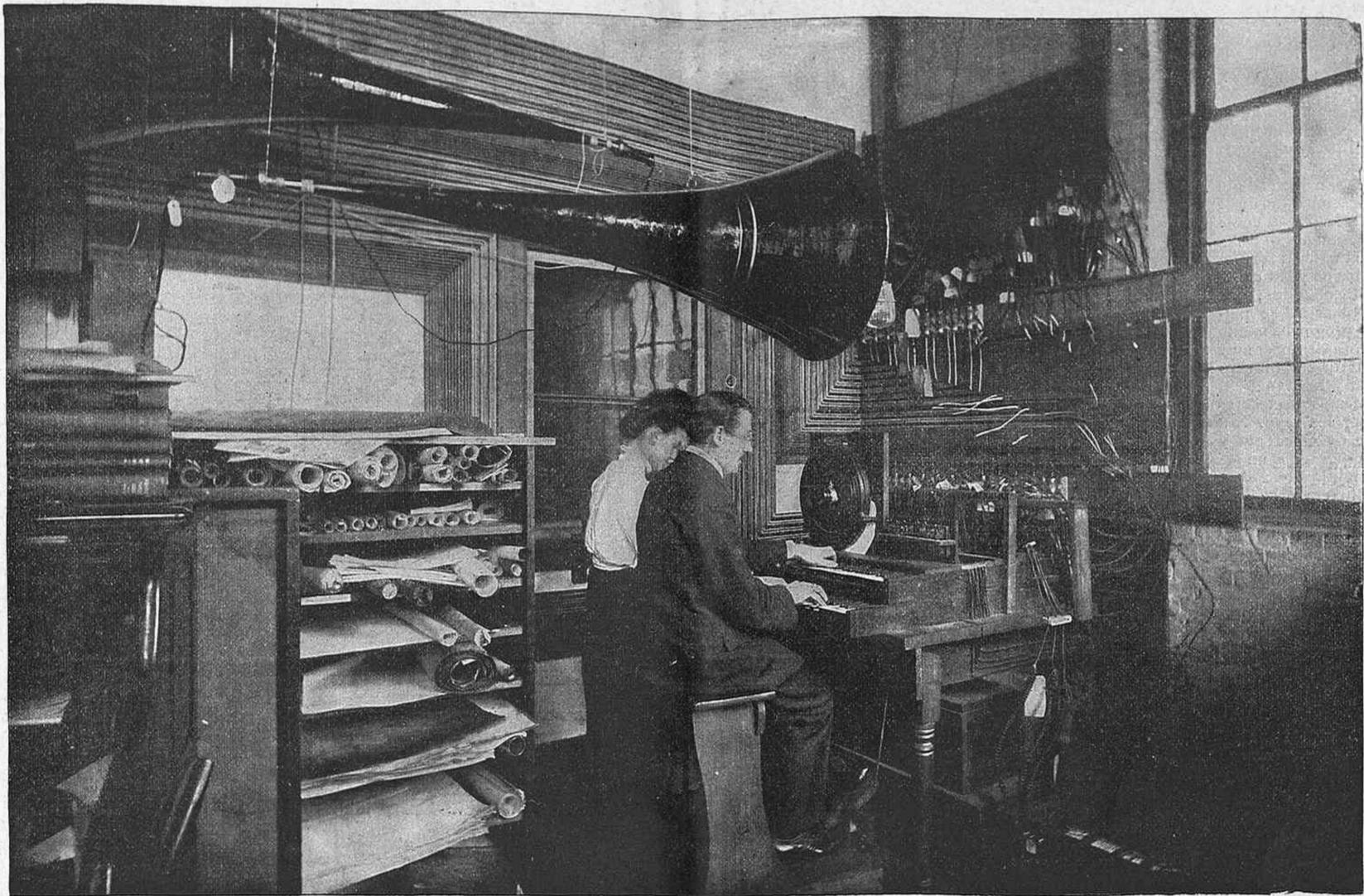
El Dr. Cahill se propone colocar primeramente su red en los teatros, salas de concierto y los grandes establecimientos; pero abriga la esperanza de que más adelante se extienda hasta á las casas particulares.

En las poblaciones pequeñas, donde rara vez se oye buena música, se podrían concertar varias casas con la estación central de una gran ciudad, y así se oirían cuando se quisiera las obras maestras de la música.

Las estaciones centrales no estarán probablemente á más de 50 millas de distancia unas de otras, á fin de obtener los mejores resultados. Es de suponer que en ellas habrá ejecutantes durante las veinticuatro horas. Cada cual podrá acostarse ó levantarse á los acordes de la música, según su capricho, y una ama de casa, con sólo oprimir un botón, tendrá una orquesta que amenice las horas de comer. A medida que el sistema vaya adquiriendo mayores proporciones, llegará el tiempo en que desde la estación central cuatro series diferentes de conductores funcionarán, cada una con su música especial: poniendo en comunicación las cuatro con un establecimiento público ó una casa particular, podrán oírse sucesivamente canciones populares, música clásica, piezas de ópera ó composiciones sacras, á gusto de cada cual.

El Dr. Tadeo Cahill nació en 1867 en Iowa (Estados Unidos), pero pasó la mayor parte de su juventud en Oberlin, en donde comenzó sus experimentos de música eléctrica. Desde 1889 vive en Washington y en 1892 se graduó de abogado en aquella Columbian Law School, siendo el número tres entre más de cien alumnos. El estudio de las leyes no aplacó, sin embargo, sus entusiasmos por los estudios científicos, según lo demuestra el ingenioso é importante invento descrito en este artículo.

MANÓN MELIUS.



MÚSICA ELÉCTRICA. - TECLADO DEL INSTRUMENTO QUE PRODUCE MÚSICA POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

Oprimiendo una tecla se pone en movimiento la corriente de un generador de determinada intensidad. Las vibraciones producen sonidos en el receptor de un teléfono situado al extremo del alambre, que lo conecta con el generador. Las variaciones de intensidad de los diferentes generadores producen la diferencia de los tonos. La música se oye lo mismo en la habitación donde está el teclado, que en un teléfono receptor situado a setenta millas de distancia.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

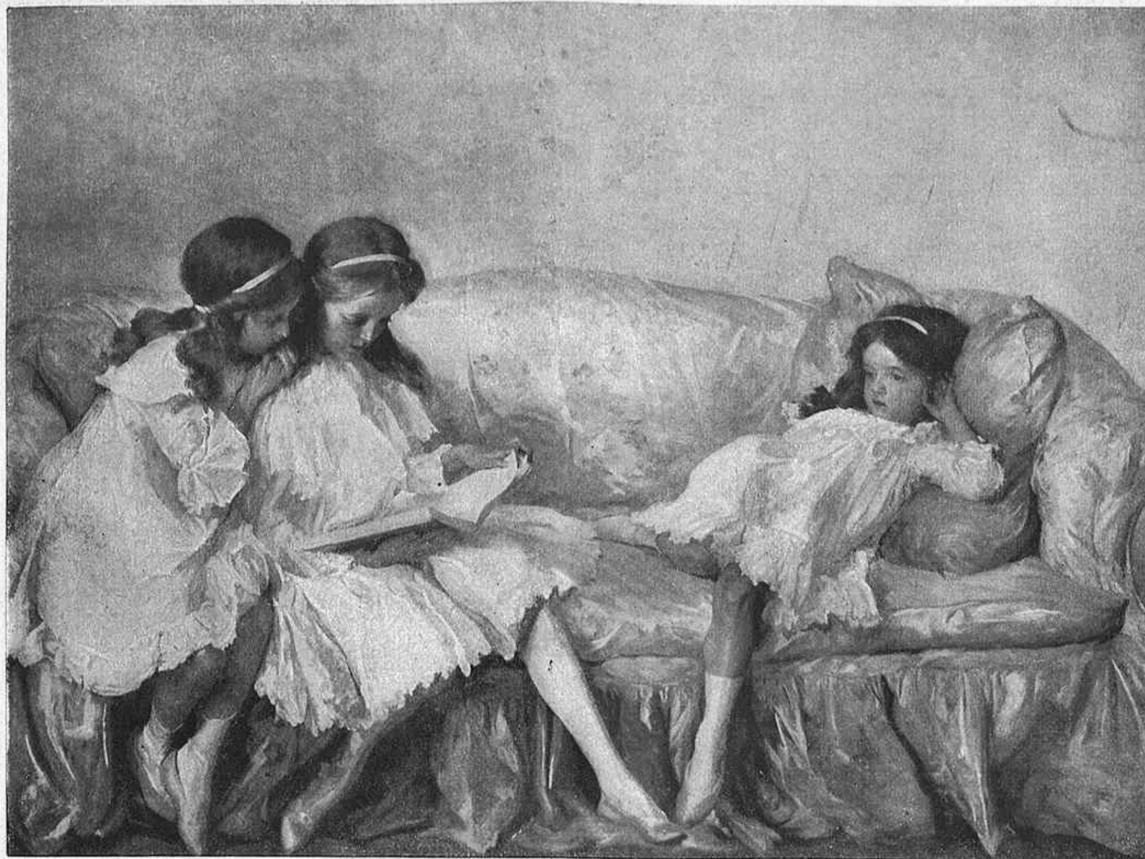
RECOLORACIÓN

DE LOS CABELLOS

POR MEDIO DE LOS RAYOS X

Desde hace muchos años, el Dr. Imbert, de la facultad de Montpellier, y el doctor Marqués, su jefe de laboratorio, se ocupan diariamente de las aplicaciones médicas de los rayos X. En el curso de sus experimentos observaron con la natural sorpresa que la barba y los cabellos de uno de ellos, que eran casi blancos, se pigmentaban progresivamente hasta el punto de tomar muy pronto un tinte más oscuro que su color primitivo.

Esos mismos profesores trataron por los rayos X a un hombre de cincuenta y cinco años que tenía un lupus en la mejilla izquierda y cuyo cabello era gris. Durante los primeros meses de tratamiento, se habían abstenido de limitar por medio de una pantalla la superficie que debían irradiar; los cabellos del enfermo cayeron en una superficie de varios centímetros alrededor de la oreja, pero pronto volvieron a salir, apareciendo entonces casi negros junto a la oreja y atenuándose su coloración a medida que se alejaban de ésta. Al mismo tiempo la mitad izquierda del bigote había tomado un color menos blanco que la mitad



Cuento interesante, cuadro de H. F. Bacon

Posteriormente, los cabellos de ese enfermo no han estado sometidos a la acción de los rayos X y han sido cortados va-

nuncian el artificio, con lo que el teñido no se rejuvenece y en cambio se pone lamentablemente en ridículo.

rias veces, permaneciendo siempre negros.

Resulta, pues, que el efecto conseguido es permanente.

Otras observaciones realizadas por los mismos doctores les autorizan, al parecer, para declarar que bajo la influencia de los rayos X los cabellos rubios toman un tinte más oscuro.

Esta nueva propiedad de los rayos descubiertos por el Dr. Roentgen será mirada acaso con indiferencia por la gente joven; pero los que empiezan a sentir la pesadumbre de las canas se interesarán sin duda vivamente por ese nuevo procedimiento que les permitirá disimular la acción de los años, ocultando una de las más potentes manifestaciones de la aparición de la vejez.

La dificultad estriba en saber hasta qué punto puede ser inofensivo este tratamiento para el resto del organismo, pues sabido es que en este punto los famosos rayos han dado algunas desagradables sorpresas.

Si la experiencia demuestra la inocuidad del procedimiento, bien pueden darse por muertas todas esas tinturas que, aparte de sus perniciosos efectos desde el punto de vista de la salud, tienen el grave inconveniente de no engañar más que al que las usa, porque a la legua de- nuncian el artificio, con lo que el teñido no se rejuvenece y en cambio se pone lamentablemente en ridículo.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris.

Frasco 5 fr.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso.

CANDES et Co. B^e St-Denis, 16

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS REYES

JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN